

# EL PORVENIR INMEDIATO

Annie Besant

## I. CAMBIOS FÍSICOS INMINENTES

***Primera de una serie de cinco conferencias dadas en Queen's Hall, Londres,  
18 de Junio de 1911***

CUANDO escogí para tema de mis conferencias dominicales en este año “El Porvenir Inmediato”, sentí que alguno de los puntos que iba exponer, tal vez distara demasiado del modo de pensar general. Mientras cuestiones tales como el desarrollo de una Religión y el advenimiento de un Instructor del Mundo, serian para el Teosofista lo suficientemente familiares para presentárselas francamente y sin preámbulo alguno, eché de ver, por otra parte, que para la generalidad del publico, que no ha hecho estudio alguno de las ideas teosóficas, era necesario cierta preparación, con objeto de hacerle ver de un modo racional e intelegible los puntos más oscuros. Y por esto pensé que en la primera conferencia habría de procurar establecer un fundamento de sentido común y racional que sirva de asiento a las esperanzas que tan extensamente se están esparciendo dentro y fuera de la Sociedad Teosófica; que habría de mostraros cómo estas esperanzas están basadas en un estudio del pasado tanto como en la observación de los acontecimientos del presente, y que nuestros juicios respecto de que el mundo se halla en el umbral de grandes cambios, están justificados por la ciencia y no son un mero sueno de visionario. Al indicaros los cambios físicos inminentes, deseo haceros ver que en el pasado también acontecieron cambios similares, antes de otros cambios que yo he clasificado juntamente como el desarrollo de una Religión y el advenimiento de un Instructor del Mundo. Porque así como a la vista del plano de un arquitecto, extendido ante vosotros, podéis conocer ante la obra que parte del edificio esta completamente edificada, cual esta construyéndose y que otra no se ha elevado aun sobre la superficie, pero si que el conjunto de ellas constituye un edificio trazado con un plan único, así podéis observar el gran plan cuyo campo de

desarrollo es nuestro mundo.

En este planeta se representa un gran drama dividido en diferentes actos. En cada acto, la decoración es diferente, pero el argumento, el plan, se sigue cuidadosamente. Y así, la historia del mundo, pasado, presente o futuro, es toda parte del mismo plan; toda llena por completo algo del gran proyecto; y el presente se hará más inteligible y el futuro más rico en esperanzas, si observamos cómo van naciendo del pasado, si comprendemos cómo están encadenadas a los acontecimientos que han tenido lugar anteriormente. Así pues, considerando –en medio de la confusión de la obra– lo que queda hoy edificado, podemos ver, con el carácter de un hecho positivo, cómo se prosigue el plan y pronosticar el porvenir, por que hemos entrevisto el conjunto.

Sólo conozco hoy dos libros en que se diseña la historia completa de la evolución de nuestro globo desde su principio hasta el fin. Uno de ellos consta de una serie de antiguos libros que repiten precisamente la misma historia transmitida desde la remota antigüedad en la India, cuyo nombre, *Purana*, significa, sencillamente, “antiguo”. Allí se puede leer la historia del mundo, hecha sin distinción alguna de sucesión entre el pasado y el futuro. Análogamente, en *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky, se puede hallar también un diseño de la historia del mundo, trazada consecutivamente desde el principio al fin. Ambos libros proceden del mismo origen –de las manifestaciones de grandes videntes que han estudiado los anales ocultos, donde no hay ni pasado ni futuro, porque todo es considerado como presente– pues ambos son la obra de grandes videntes que, leyendo los mismos anales, nos refieren la misma historia, aun cuando en un caso lo hacen con antiguas palabras y en otro con modernas. *La Doctrina Secreta* es menos obscura, menos difícil de seguir que los escritos puránicos, pero estos y aquella presentan el mismo diseño, y a este diseño es al que por un momento desearía dirigir ahora vuestra atención.

Estoy persuadida de que al discurrir por unos momentos sobre esos anales del pasado, puede parecer que os relato una historia árida y desprovista de interés; pero si parece árida, si a vosotros os resulta falta de interés, no será defecto del asunto, sino de quien lo expone. Pues ¿qué puede haber más interesante para la humanidad que el ver desarrollados ante ella algunos anales de su inmortal pasado? ¿Qué más sugestivo que el comprobar como vosotros y yo y todas las naciones del mundo, compuestas de innumerables yos y vos hemos hollado una señalada senda; hemos venido laborando hacia un destino definido; hemos caminado de poder en

poder, de conocimiento en conocimiento? ¿Qué así como hemos ascendido en el pasado, así escalaremos mayor elevación en el futuro? ¿Qué si hemos evolucionado en los milenios del ayer que dejamos atrás, una grandísima evolución se extiende ante nosotros en los milenios del mañana? ¡Ah! si yo pudiera transmitir una décima parte del interés y de la inspiración que he hallado en el estudio de esos anales, entonces, aunque nombres, razas y fechas fuesen áridos de por sí, formarían una arrobadora historia del pasado, extendiéndose hasta penetrar en las oscuras regiones del porvenir.

Pasemos a examinar un ligero bosquejo:

Los anales ocultos nos dicen que la historia de nuestro globo es como un drama en siete actos; siete grandes continentes forman el escenario en que el drama se representa. Siete grandes razas, cada una en su propio continente, son los actores que juegan en el drama, y como los artistas en la escena pasan de un acto a otro, así las naciones del mundo, en nuevas formas, pasan de acto en acto en el drama mundial. Nosotros no somos recién llegados a nuestro mundo, hemos vivido en él muchas veces antes, y la historia del pasado, es la historia de nuestra niñez; ahora estamos alcanzando nuestra madurez para acercarnos al punta más elevado que podemos alcanzar en la tierra. No necesito molestaros hablándoos de los dos primeros de dichos continentes ni de las razas que habitaron en ellos, porque eran escasamente humanas; más bien eran embriones de humanidad que hombres como los que conocemos. Pero había cuatro grandes continentes, hacia los cuales os ruego dirigáis vuestra atención por un momento –dos del pasado, desaparecidos hace largos tiempos, uno del presente que ya está amenazando cambiar, y uno del porvenir que está comenzando a emerger. Sus nombres se dan todos en el *Purana*, pero el sánscrito os interesará poco; en efecto, el único interés descansa en el hecho de que están dados en una lista; lo mismo que vosotros podéis formar una lista de los países de Europa, así en aquel antiguo libro figuran los nombres de los continentes, uno después de otro, sin cuidar de especificar cuales sean del pasado o del futuro. Están reconocidos como partes de la historia del mundo y cada uno tiene su nombre peculiar. Tres de ellos los reconoceréis, los dos del pasado y el del presente, bajo los nombres más familiares en Occidente. El primero la Lemuria, el cual se extendía en el espacio que hoy baña el Océano Pacífico. La Australia era la parte meridional de aquel vasto continente, Nueva Zelanda también pertenecía a él, la isla de Pascua es la cima de una montaña ahora sumergida en el Océano,

Madagascar, parte también de aquella inmensa tierra, y así, hacia el Norte donde se extiende el Gran Océano Pacífico, allí, en remotos días, yacía el continente la Lemuria, que el gran German Hæchel considera como la cuna del género humano y con razón. Porque como he dicho, los dos anteriores continentes solo tenían en sí los embriones de la humanidad, pues el hombre, completamente formado como hoy le conocemos, tuvo su nacimiento en la Lemuria, el tercer continente. Este último sucumbió al fin, fue destruido por volcánicas erupciones, por el fuego, por tremendas explosiones, como si el mar se precipitase en abismos abiertos por los fuegos subterráneos. Y así la Lemuria se rompió en pedazos, y desapareció, después de haber representado su papel, y las potentes olas rodaron sobre ella, dejando solamente aquí y allí un residuo y una tradición en la historia remota del Género Humano.

Y entonces, el desarrollo de la humanidad pasó de aquella tercera raza que ocupaba la Lemuria –de la cual los puros negros son los residuos en el mundo actual– a otro gran escenario de crecimiento, a otro continente que también desapareció, el continente que se extendía entre Europa y América, el gran continente Atlante. Que tal continente existió esta hoy aceptado bajo todos conceptos. Algunos de vosotros estaréis enterados de que recientes investigaciones arqueológicas practicadas en la costa occidental de África han desenterrado las ruinas de gran número de ciudades, las cuales atribuyen sus descubridores como evidencia indiscutible a la civilización atlante. Los Atlantes, después de haber enviado sus hijos por todo el mundo de hoy, viviendo muchos de ellos en el Norte de América entre los indios norteamericanos, colonizando otros el Egipto y constituyendo uno de los poderosos Imperios Egipcios, se extendieron por el Norte de Asia sobre los Turanios, los Mogoles; tremenda difusión de una raza que todavía forma la mayoría de la humanidad en la Tierra. Pero su gran civilización pereció, no por el fuego, sino sumergida bajo las olas del Océano, dejando tras de sí mitos y leyendas en muchos países, tales como el Diluvio de Noé, el Diluvio de Deucalión y muchas otras fábulas, propagadas por todo el mundo. La Atlántida, a causa de varias grandes catástrofes, rota en pedazos, sumergiéndose bajo las aguas, pereció también, por más que muchos de su raza y de su sangre sobrevivieron. Y entonces, otro gran continente, elevándose lentamente, fue preparando la habitación de la próxima gran raza, la quinta. El suelo de Europa, pantanoso durante siglos después de haberse elevado sobre el nivel del mar, comenzó a ponerse en condiciones para recibir los habitantes

que habían de morar en su superficie. El gran país Indostánico, elevándose también al sur del Himâlaya, fue por largo tiempo una masa pantanosa inhabitable por el hombre, hasta que, más adelante, los Arios penetraron en él; algunas de las lejanas naciones del país Atlante que, fluyendo a través del Himâlaya, llegaron a constituir una potente civilización donde ahora se extiende la India y están fundados sus pueblos Arios. Y la quinta raza, la Aria, dejó su país unos 75.000 años A. de C. – porque el tiempo en la vida de las razas se debe contar por milenios, no por centurias– algunos escogidos, antes de una de las grandes catástrofes, conducidos por su gran guía se detuvieron por un corto tiempo en la Arabia, después avanzaron hacia el Norte por el Asia Menor y se establecieron en donde ahora se extiende el Desierto de Gobi, donde en aquel tiempo había una gran isla, y la tierra era fértil, a propósito para admitir y alimentar un crecido numero de habitantes. Tal fue la cuna de nuestra raza, tal el hogar de aquel gran pueblo que, gradualmente, extendió su poder y sus hombres sobre las tierras que para su residencia habían surgido de los mares.

Antes de continuar ocupándome de ellos, permitidme que trate del próximo punto, por lo que respecta a los continentes, para que pueda eslabonar con el nuevo los ya desaparecidos: con el continente de Asia y Europa, el cual es la herencia de la gran quinta raza. Ahora bien, para que no creáis que estoy refiriendo sueños teosóficos, os remito al eminentemente respetable Cuerpo *British Association for the Advancement of Science*, y aprended de la Sección geológica al tratar de su ultima reunión anual, cómo esta cuestión de los continentes nuevos y antiguos esta siendo estudiada hoy por los hombres de ciencia. Hallareis que esa Asociación discute acerca de la formación de un nuevo continente en el Océano Pacifico. Si ahora examináis *La Doctrina Secreta* encontrareis que H. P. Blavatsky declaró (ella publicó su libro en 1888, cuando aun no había soñado la ciencia con lo que hoy reconoce) que el nuevo continente se elevaría donde desapareció la Lemuria, que así como la Lemuria se sumergió bajo las olas del Océano Pacifico, así volvería a elevarse el nuevo continente sobre aquellas olas para hogar de la nueva raza. En dicha discusión nos encontramos que acontece que aquel continente esta comenzando ya a aparecer. La rápida emergencia de las islas Bogoslof, cerca de Alaska, ha producido alguna alarma entre los geólogos, pues piensan que si el nuevo continente emergiese en la misma proporción con que se han elevado esas islas, se originaría una ola que materialmente engolfaría el mundo. Ese es el punto que se

discutió en el pasado otoño, y se dieron detalles del área probable del nuevo continente. Este deberá extenderse desde las Islas Filipinas, el Japón e Islas Aleutianas a las islas del S. E. del Asia, la península Malaya y Borneo, siendo próximamente de unas 4.000 millas de largo, en tanto cuanto afecta a las fuerzas de formación. Nuestros científicos vienen después a explicar que hay bajo el Pacífico un área llamada el Anillo Ígneo del Pacífico, que es una extensión de actividad de temblor de tierra tal, que en los últimos veinte meses se han observado no menos de 1.071 terremotos tan poderosos, produciendo cambios tan repentinos, que los oficiales y tripulación del buque *Albatros* de los Estados Unidos, observaron uno de estos fenómenos que formó una isla alrededor del pico volcánico que surgió de las aguas, elevándose hasta alcanzar una altura de mil pies sobre el nivel del mar. Evidentemente, si ocurren grandes terremotos bajo el Océano, hay el peligro de esas olas de marea, como se vió no hace mucho tiempo cuando una vasta ola de esta clase barrió la costa del Japón, arruinándola en una extensión de muchas millas. Y, dicen los científicos, si este continente se elevase sobre un área tan grande en escala tan rápida, tan peligrosa ¿no se formaría una ola que arrollase a toda la humanidad y sumiera al mundo en un diluvio ante el cual el de Noé no supondría casi nada? Pero no es así como esos enormes cambios acontecen. Destrucción, sí, eso es cierto, pero limitada; no destrucción universal. Cuando la Atlántida fue desapareciendo catástrofe tras catástrofe, pereció un gran número de pueblos, ciertamente, vastas olas arrollaban los terrenos inmediatos; cuando su última isla, Poseidonis, se hundió, una gran ola se lanzó sobre el Mediterráneo sembrando la ruina en todas sus costas, vaciando con los consiguientes trastornos el Mar de Sahara, de modo que el Desierto se extiende ahora donde una vez se agitaba el Océano.

Tales grandes catástrofes del pasado deben, ciertisimamente, ser seguidas por grandes catástrofes en el futuro, pero no verificándose de una vez, sino con intervalos de miles y hasta de cientos de miles de años. Estos grandes cambios sísmicos, aunque localmente destructores, nunca aniquilarán la raza humana, y entre tanto el continente va surgiendo gradualmente, con una elevación de vez en cuando, entre descansos de miles de años, y la raza se irá preparando lentamente en el vecino continente americano.

Considerando este, pues, como uno de los grandes cambios físicos inminentes, veréis que forma una sola línea con el pasado de nuestro globo. Unos continentes

se han hundido, otros continentes se han elevado; ¿Por qué, pues, han de turbarse los corazones de los hombres cuando la vieja historia se repite en la Tierra? Convulsiones y catástrofes, he ahí uno de los medios del progreso humano; si no tuvieran lugar de tiempo en tiempo, el mundo llegaría a no poder soportar sus criaturas, porque el terreno quedaría esquilado con la multitud de pobladores que de él se alimentan, y por eso de vez en cuando el viejo suelo es sabiamente sumergido en el Océano, a fin de hacerse virgen de nuevo, y que pueda elevarse otra vez para servir de residencia a una nueva civilización, para servir de hogar a un nuevo pueblo. ¡Oh! la Naturaleza no es más que el traje en el que Dios se oculta; sus catástrofes sólo son medios para la consecución de más altos fines, y ¿Por qué os turbáis vosotros que sois Espiritus Inmortales?

Los continentes podrán estallar, los continentes podrán surgir, pero la raza humana es inmortal en su origen y en su desenvolvimiento, y no hay por que sentir temor, aun cuando se estremezcan los cimientos de la Tierra. Considerando esto tranquilamente, en calma, conociendo lo ocurrido en el pasado y que volverá a ocurrir en el futuro, fijémonos en las razas a que he aludido, las cuales están en conexión con el continente, me refiero solamente ahora a nuestra quinta raza, pero necesito que me sigáis por un momento, pensando en ella, al Asia Central, como la cuna de que salieron sus subdivisiones para heredar y dominar el mundo. Dos de estas subdivisiones o subrazas casi se extinguieron del todo. La segunda subraza – nosotros llamamos subraza a una división de la raza-madre– se dirigió a la Arabia, a Egipto, a África; formó grandes imperios, pero se disipó, y solo residuos de ella se encuentran entre los árabes y algunas tribus aliadas con los pueblos árabes. Podemos prescindir de ocuparnos de ella, su historia pasó. Después vino la tercera subraza, la Turania, que formó el gran Imperio Persa, no el ultimo Imperio de Ciro y Dario, sino el antiguo que subsistió durante 28.000 años en la Persia y la Mesopotamia, y que también realmente desapareció. Solo un residuo de 80.000 Parsis en la India representan aquel en un tiempo esplendido pueblo, aquella, una vez, poderosa subraza que formó tan colosal imperio. Pero dos subdivisiones de esta raza permanecen como tipos modelo: la cuarta y la quinta. Estas dejaron el Asia Central unos 20.000 años ha, estableciéndose la cuarta en Georgia y en las vertientes meridionales del Cáucaso, extendiéndose por el Asia Menor, y dando origen a muchas naciones conocidas en la historia. Los Griegos más antiguos de todos, realmente los Griegos primitivos, usualmente llamados Pelasgos, son los que

según los sacerdotes que instruyeron a Platón, moderada la gran ola de la invasión Atlante cuando invadió el Egipto y amenazaba el antiguo país de Grecia, fueron las primeras familias europeas que brotaron de esta gran raza y entraron en Europa unos 10.000 años A. de C. La quinta, dejando el Asia casi al mismo tiempo, siguió un derrotero más septentrional y se estableció en la vertiente sur del Cáucaso donde permaneció mucho tiempo, largos siglos, como unos 11.500 años. La cuarta raza se extendió por Europa por la parte más meridional; ella nos dió la grande y poderosa Grecia, con su arte esplendido, con su maravillosa literatura; avanzó hasta internarse en España, la España que casi llegó a empuñar el cetro del mundo cuando envió sus hijos a través del Atlántico, conquistó México y el Perú, y pudo haber hecho universal su imperio, a no ser por los pecados nacionales de la Inquisición, de la expulsión de los Judíos, de la expulsión de los Moriscos, y por las crueldades que minaron su imperio. Porque hay una justicia que pesa los actos de las naciones así como los de los hombres, y ninguna nación puede ir contra la rectitud y contra la clemencia, y esperar conservar, sin embargo, su puesto entre las principales naciones del mundo.

La misma gran cuarta subraza, avanzó después a través de Francia, pobló las Islas Británicas, y se estableció en ellas por dilatados años, desarrollando la civilización en las tierras que había conquistado. Entre tanto, su sucesora, la quinta subraza, viniendo a Europa cerca de 1.500 años más tarde, se estableció primeramente en Polonia, y después, a medida que el suelo pantanoso de la Europa Central fue gradualmente secándose y haciéndose habitable, formó la gran familia Eslava, después la Silesiana que luego llegó a formar la Prusia, después la gran familia Germánica y, por ultimo, la Goda y la Escandinava. De diferentes tipos aquellas dos subrazas, así como podéis observar en el tipo de la raza raíz la diferencia que existe hoy, por ejemplo, entre vosotros y los Mogoles, los Turanios, tipo fundamental de la raza, del mismo modo podéis apreciar la diferencia entre el Celta y el Teutón, en la gradual transformación de la cara, de la cabeza y del color. Así se ve en el Celta la cabeza redonda, cabello y ojos oscuros, carácter indolente y pequeña estatura; en el Teutón se observa cabeza más larga, cabellera rubia, ojos azules o claros, estatura elevada y fuerte complexión. En la mezcla de la una con la otra pierde mucho el tipo, desde luego, pero comparándolas en sus tipos puros, esto es, el Italiano y el Escandinavo, se ve de una vez la diferencia entre estas dos grandes subrazas que hicieron de Europa su casa.

Ahora bien, si seguimos a aquellas subrazas más adelante, encontrámoslas extendiéndose gradualmente por el mundo, especialmente y con mayor amplitud la quinta subraza o Teutónica. Véela con los Godos y los Escandinavos, pertenecientes a ella, fundar naciones y reinos en la Europa septentrional; pero no se detiene en el Norte de Europa, sino que se esparce por todo el mundo conocido. Vedla pasar a América y fundar allí la gran republica del Oeste y el Dominio del Canadá, acrecentando su importancia de año en año; y así como cruza el Atlántico, se dirige hacia el Sur y coloniza a Australia y a Nueva Zelanda, y, en parte, Sud-África, mezclándose con sangre holandesa allí donde la gran federación se ha consolidado en nuestros días. Más no conforme con extenderse por numerosas colonias y hacer realmente de la lengua inglesa el idioma que más que otro alguno pueda guiarnos por el mundo civilizado, la vemos extenderse también por el Asia, y de aquí surge una cuestión de inmenso interés, de la cual voy a ocuparme por un momento.

Pero antes de tratar de ella, o sea del gran Imperio de la quinta raza, he de recordaros que esta no es la raza final, sino que una sexta y una séptima tienen que venir; y así como la Teutónica representa la quinta subdivisión del gran tronco Ario, aun han de haber dos subdivisiones más de crecimiento, de desarrollo, de evolución. Una vez más H. P. Blavatsky nos dice en *La Doctrina Secreta* que en el continente americana se desenvuelve gradualmente la sexta subdivisión de esta importantísima raza que se halla más próxima del hogar de la raza-raíz que ha de surgir; que esta subdivisión de nuestra propia raza crecerá y se diferenciara de por sí, como ha ocurrido con las anteriores. Esto esta ocurriendo ya hoy en América del Norte. Una vez más, yo no os pido que acojáis las ideas teosóficas, sino la evidencia que procede de la otra parte del mundo científico. Ahora bien, Europa ha derramado su pueblo en el gran crisol de los Estados Unidos. América les ha dado la bienvenida, les ha dejado establecerse, por mucho tiempo ha estado constituyéndose en nación, pero ¡qué cambio! Los primeros colonizadores que fueron de Inglaterra y que fundaron allá lo que, llevados por su amor al Viejo país llamaron Nueva Inglaterra eran de un tipo muy distinto del que hoy se esta desarrollando en América del Norte. Aquel, afectado por el clima y condiciones de localidad, fue adaptándose del tipo Indio Norte-Americano las angulosas mandíbulas, la cara larga, los pómulos prominentes, los cabellos rígidos, el tipo, en una palabra, que conocéis como el Yankee –si puedo emplear esta palabra no muy cortes—. Este es un tipo de la clase

India Norte-Americana, semejando a los próximos poseedores de la tierra.

El nuevo tipo no es nada amable, el nuevo tipo es, realmente, nuevo, y los principales etnologistas de América, en una Memoria de sus investigaciones para el Gobierno Americano, consignan el resultado siguiente: Que esta desarrollándose en América del Norte una nueva raza marcada y claramente distinguible. Da las medidas de la cabeza, el tipo de las facciones, caracterizadas por mandíbulas cuadrangulares y bien cortada cara; es un tipo inteligente y de voluntad fuerte, que cada vez es más numeroso en los Estados Unidos. Y bien, vosotros podéis verlo si visitáis el Norte de América, con solo llevar abiertos los ojos, pues el tipo se destacara en cada *restaurant* donde entréis; podéis distinguirlo como un tipo nuevo, fino, lleno de inteligencia y poder, y prometiendo mucho para el porvenir del mundo. Es la sexta subraza, la sexta subdivisión del gran pueblo Ario. Tiene en sí la esperanza del porvenir; es el tipo del que ha de nacer la próxima raza-raíz de la humanidad, que habitará el continente que esta comenzando a emerger en el Pacifico.

De modo que tenéis, por conductos enteramente extraños entre sí, evidencia del nuevo continente, evidencia de la nueva raza, cambios físicos a vuestro alrededor y ante vosotros, que os pasaban desapercibidos, porque no advertíais la significación que envuelven. Esta es, en realidad, la gran ventaja que el teosofista tiene sobre muchos de vosotros. Este ha estudiado el asunto en la historia del pasado; se ha familiarizado con los anales en que esa historia se manifiesta; ha examinado el gran plan, viendo su diseño, de modo que cuando ve alguna pequeña parte de éste separada del conjunto, le ocurre lo que a vosotros si veis un fragmento de un rompecabezas, cuyo significado desconocéis por hallarse separado del resto, pero que si habéis visto el dibujo del conjunto ¡ah! entonces conocéis adonde corresponde el fragmento, cuando otros también han sido hallados. Y así, en el estudio del gran cuadro, reconocemos nosotros los fragmentos cuando aparecen, y sabemos el lugar que ocuparan cuando este terminado el conjunto, porque el plano indica su significado, y, en el gran mosaico, cada pedazo tiene asignado su lugar.

Y así vemos una raza que nace, un continente que surge; pero ¿qué ocurrirá antes de que esa raza extienda su poder miles sobre miles de años después de ahora? ¿Antes de que aquel continente pueda servir para habitación humana? Otros cambios vienen rectamente a presentarse ante vuestros ojos. ¿Cuál es su significación? Vuestras ideas –yo sé que el de más edad de vosotros convendrá en

esto conmigo— están cambiando con respecto a vuestras colonias, y las de estas están cambiando también con respecto a vosotros. Hablo del gran cambio debido a la difusión de la quinta subraza, pues cuando yo era muy joven, educada como fui en una familia liberal, acostumbraba oír referencias acerca de las Colonias, muy diferentes de las que hoy escucho. Entonces se las tildaba de rencorosas, que anhelaban poder emanciparse para constituir reinos, republicas, lo que quisieran de sí mismas. No eran miradas como partes de un poderoso imperio; no eran consideradas como hijas de la madre patria que, situadas en otras partes del mundo, mantuvieran estrechos vínculos y amor con el país que las dió origen. Y en las colonias mismas abundaban tales ideas de independencia, separación, cada cual en su propio país, en su propia nación, en su propio pueblo. Pero ¡que diferencia en la actualidad! Ahora la Metrópoli es amada de todas las colonias; ahora la madre-patria envuelve en su amor a todas sus numerosas hijas, al través de los mares. Ahora acuden y se congregan tomando parte en las grandes conferencias del Imperio. ¿Qué se hubiera pensado de una conferencia Imperial en aquellos días de la infancia de nuestra actual generación? Un Consejo Imperial no esta limitado a una mera conferencia celebrada de vez en cuando, sino que es un Consejo permanente, en el que cada parte del Imperio esta representada, no algunas veces, acudiendo a medias por algunas semanas, sino permanentemente, regularmente; un Imperio y un Consejo Imperial dotados con todo lo que a aquel Imperio concierne. ¡Ah! si estas ideas se hubieran sentido en Inglaterra y en sus colonias hace más de un siglo, nuestros hermanos de América no hubieran tomado el té en el puerto de Boston ni comenzado la Revolución americana. Aquellas colonias formaban todavía parte del Imperio, ligadas por su amor a la madre-patria, y aquel desatino de aventurarse a tiranizar llegando necesariamente a provocar la resistencia, nunca más se lo hubiera permitido este Imperio, pues esta lección la aprendió de una vez para siempre y no hubiera necesitado jamás aprenderla de nuevo. Pero es una enseñanza que es preciso experimentarla. Hablo de la raza-madre, hablo del país-cuna, y aquel país fue vaciado durante unos 8.000 años, y, emigración tras emigración, la raza Aria cruzó el Himâlaya y se refugió en la India. Comenzadas aquellas incursiones 18.000 años A. de C., terminaron unos 10.000 años A. de C., y, desde entonces, los Arios han avanzado y se han multiplicado de tal manera, que la importante tierra India esta poblada por hijos de aquella raza. Muchos han tratado de conquistar, de gobernar la India. Llegaron los Griegos, que cuando fueron lanzados del país dejaron un

precioso rastro tras de sí. Porque la conquista de un país por otro no es un mal, como muchos creen. Se mezclan los pueblos, y el uno transmite al otro su sabiduría. Los Griegos que conquistaron y después fueron lanzados de la India, dejaron su huella en el arte indio, que se hizo más bello y gracioso de lo que antes era. Después fueron los Mogoles del Turquestán y otras partes del Asia y fundaron su poderoso imperio. En una gran irrupción invadieron la India y formaron ese mismo gran imperio cuyo centro fue Delhi, viviendo entre el pueblo indio. Pero la India les conquistó a ellos, más que ellos a la India, porque ellos ya no son extranjeros; están en su hogar en la casa de la India, la madre, y los hijos de los conquistadores del pasado están hoy orgullosos de llamarse Indos, porque han nacido allí, y nunca querrán dejar una tierra que de tal manera ha venido a ser la suya propia.

Después llegaron otras naciones de Europa. Los Holandeses que establecieron colonias, ¿cuantas de ellas quedan al presente? Los Portugueses, los Españoles, tienen hoy fragmentos de la India. Luego llegaron los Franceses, pero ¿dónde están hoy las colonias francesas? Chandernagore y Pondicherry es todo lo que los franceses poseen en el suelo Indo. Llegó luego Inglaterra, la hija más joven de la raza-madre, y creció y desarrolló su poder extendiéndose por el territorio Indo, conquistando con la ayuda de los mismos naturales del país. ¡Ah! vosotros no debéis olvidar esto. Vosotros no hubierais podido conquistar la India por vuestro exclusivo poder; vosotros la conquistasteis solamente porque muchos de sus hijos deseaban vuestra llegada y unieron sus almas a las vuestras. Yo he leído en un documento ingles: “Nosotros conquistamos la India con la espada, y la conservamos por la espada.” Vosotros no la conquistasteis con las armas inglesas, sino solo por alianza con gran numero de indos, y no hubierais podido obtenerla sino por su consentimiento. El ultimo Virey, Lord Minto, dijo una verdad cuando dijo: “Si la India no quisiera que estuviésemos allí, no permaneceríamos tres semanas”, y esto es cierto. ¡Unos pocos miles de Ingleses; muchos millones de Indos! Oh, nunca olvidéis que cuando censuráis la gobernación inglesa en la India, esta no podría tener lugar contra la voluntad de sus habitantes. Es verdad que acá y allá pueden hallarse, aunque muy pocos, quienes quisieran romper los vínculos de unión, pero si se rompieran, la culpa seria de Inglaterra. No podéis prescindir de la India en el Imperio mundial que estáis formando, y en el cual es donde vuestras colonias están siendo victimas de un terrible, de un espantoso error. No hay país en el mundo en que el Indo no pueda viajar libremente, excepto en las colonias inglesas y bajo la bandera

inglesa. ¿penetráis todo lo que esto significa? Un japonés puede ir a la Colombia Inglesa si tiene cincuenta *dollars* en su bolsillo; pero si uno de los ciudadanos de este gran imperio, un Indo, va allá, debe exhibir doscientos *dollars* antes de serle permitido entrar. Cualquiera otro oriental puede transitar libremente por el Canadá, el Indo no. Este debe llegar directamente de la India, de otro modo no es admitido allí, y si algunos de sus amigos se han establecido en los Estados Unidos no puede visitarlos y volver al Canadá. ¡Ah! tiene otro aspecto el *self-governement* en las colonias; éste está minando el imperio en la India, porque el país se resiente de ser tratado como proscrito bajo la bandera de la cual se le pide que este orgulloso y que vierta la sangre en su defensa. Vosotros hubierais perdido el Sur de África a no haber sido por los Indos que murieron allí y cuidaban de vuestros heridos en el campo de batalla. Desde hace muchos años, los Indos vienen esforzándose por conseguir un trato razonable, y, sin embargo, son tratados de un modo ignominioso bajo el *self-governement* Sud Africano. ¡Ah! debéis tener esto presente, y pensar que no podéis tener un imperio que sea realmente imperial, árbitro del mundo, sin la India como parte integrante del mismo. Vosotros la habéis hecho necesaria. La India joven trabaja por la unidad, porque vosotros la habéis enseñado los caminos de la libertad y dado una lengua única. No penséis en los pocos jóvenes locos que empujados al crimen por sus antepasados, que permanecían seguros en Europa, se sacrificaron creyendo ser patriotas cuando solo eran criminales –tristísima enseñanza de toda disilusión para los inexpertos y los alucinados–. No, no penséis en estos, que son solo un puñado; pensad, si, en los millones de Indos que aman y que honran a Inglaterra.

Existen, viviendo aquí, dos hombres que han hecho para influir en el corazón de la India y enlazarla a Inglaterra más de lo que ningún otro par de hombres. Uno es el Príncipe de Gales que recorrió la India, que dijo en Guildhall en un famoso discurso, que la India debe ser gobernada por la simpatía, que es ahora Jorge V, Rey de Inglaterra, Emperador de la India, que Dios guarde; el otro es el Virey que ha dejado sus costas, Lord Minto, que en medio del peligro se mantuvo firme y sereno, que confió en los Indos en el día en que el asesinato predominaba en la capital, y conservó una guardia india custodiando la Casa del Gobierno, cuando otros hubieran puesto en su lugar Escoceses y alejado a los Indos de su custodia. Porque “¿cómo la India confiara en nosotros si nosotros no confiamos en ella?” Y él decía esto en los momentos en que su vida y la de su esposa estaban en peligro, y se

afirmó en que el amor y la confianza son armas más poderosas que el temor y la desconfianza. Vosotros no conocéis siempre a vuestros grandes hombres, y la deuda que el Imperio le debe, será una deuda difícil de pagar.

Ahora un gran cambio ha de ocurrir: por vez primera en la historia del mundo, un monarca del Occidente ha de ser coronado en el Oriente. El que dentro de breves días se sentara sobre la antigua piedra para ser coronado y ungido Caballero en Westminster, con su profundo conocimiento de estadista, con su Imperial capacidad, se dirige a la capital de la India. Nunca antes fue visto en la historia; nunca antes se había hecho tanto honor a una parte del Imperio. Y cuando así Inglaterra y la India estén ligadas por el más poderoso de todos los vínculos, el vinculo de la imaginación y la emoción ¿no veréis en ella la promesa de un potente Imperio en el que Oriente y Occidente quedaran de una vez unidos y cada cual ayudara al otro con los especiales poderes que posea? Desde este cambio de política, otro cambio esta operándose en la India. El Servicio Civil Indio, en conjunto un esplendido servicio, aunque muchos errores le hayan sido imputados, se esmera honrada, valiente y totalmente por acomodarse a la nueva posición, y mostrar simpatía, mejor que permanecer apartado del pueblo Indo. El Virey, el Gobernador y todos, uno tras otro, han optado por la cortesía, la caballerosidad y el mutuo respeto, y dicho Servicio sigue fielmente su cambio de condiciones y hace lo que sus directores tienen estatuido. Así hay esperanza para las colonias; no las destruyáis.

Entre estos cambios inminentes en la superficie de nuestro globo es necesario que los hombres entiendan cómo los imperios se forman; cómo las naciones adquieren desarrollo. Este poderoso Imperio mundial de la quinta raza-raíz tendrá a Inglaterra y la India por su centro, y los grandes países América y Alemania por un poderoso apoyo de cada lado. América se encuentra más cerca de nosotros, más cerca cada día. ¡Ah! ¿no querrá Alemania unirse también con lazos de paz a este país? Y cuando la Gran Bretaña, la América, Alemania, la India, las grandes colonias estén todas unidas por un pacto de paz ¿quien osara hablar de guerra cuando tal poder represente su opuesto?

Mirad en derredor a todos los cambios, tratad de penetrar su significación, y mirándolos no como hechos aislados sino como partes de un plan divino, comprenderéis que ante la idea del desarrollo de una religión universal preparatoria para la venida de un Maestro del Mundo, las naciones se aproximan unas a otras; la Tierra edifica para el mañana, para la raza que la habitara; y mientras aquel lento

edificar avanza, el poderoso Imperio de la quinta raza-raíz se alza. Si así lo hubierais comprendido, sabed que ello implica responsabilidad, que significa belleza, que envuelve rectitud. Si queréis ser parte de un Imperio que haya de perdurar, moveros dentro de una libertad que debe refrenarse por si misma; sabed que solo en el servicio de la raza reside la libertad perfecta.

## II.-EL DESARROLLO DE UNA RELIGIÓN UNIVERSAL

### *Segunda de una serie de cinco conferencias dadas en Queen's Hall, Londres, el 18 de Junio de 1911*

HERMANOS: No hace mucho, disertaba yo en Manchester acerca del mismo tema de que me propongo tratar esta noche, y una interesantísima carta que fue dirigida al Editor de "Christian Commonwealth" suscitó la cuestión de si el más verdadero aspecto de una religión universal era el que yo había señalado, esto es, una síntesis de todas las creencias, o si lo sería el triunfo sobre las demás de una sola religión – el Cristianismo—. Desde luego, cuando el autor hablaba en dicha carta de Cristianismo, empleaba esta palabra en el sentido más amplio, más liberal; pero exponía la idea de que una religión que sigue a otra en la historia del mundo, lleva en si un progreso sobre las que la han precedido en la evolución religiosa, y, en atención a esto, parecía probable que el Cristianismo, como la última de las grandes religiones, fuese la que coronase el conjunto, y por consiguiente, la religión universal.

Rigurosamente hablando, el Cristianismo no es la más moderna de las religiones, pues computadas las fechas, resulta que el gran profeta de la Arabia, Mahoma, fue posterior a Cristo.

Voy a intentar mostraros esta noche por que, mirando a esa religión universal, podemos ver algo de su diseño, algo del modo como se presenta a la inteligencia y al corazón del hombre; pero en lo concerniente a las diversas religiones del mundo, creo que los hombres de cada una de ellas verán en la religión universal el alma de su propia fe; que no será una cuestión entre esta y aquella creencia, entre este profeta y aquel otro, sino dentro de cada religión lo que sea más noble, los espíritus más liberales, aquellos que posean la más elevada conciencia divina, y por tanto, el mayor amor hacia sus hermanos; que cada cual desde su creencia reconocerá en la religión universal todo lo que es más noble y amado en la suya propia; sentirá que es su misma fe elevada al sumo grado, y reconocerá en esta la gloria y esplendor de la suya.

Y ahora voy a tratar de detallar hasta donde me sea posible, algo de lo que, estudiando el pasado y mirando a las tendencias del presente, podamos ver desenvolverse gradualmente en lo que ocurre en derredor de nosotros como la

Religión del Mundo. Naturalmente, no pretendo que mi imperfecto boceto lo abarque todo ni contenga el portento y la belleza que esa creencia universal tendrá en los labios del Instructor del Mundo. No pretendo describir lo que Su divino conocimiento ha de revelar; solamente, como el más humilde de Sus discípulos tratare de bosquejar para vosotros alguno de los grandes diseños que El trazará con una firmeza de ejecución que solo el Maestro poseerá, con una riqueza de detalles y de poder para penetrar en el corazón de los hombres, que solo puede brotar de El, que hablara como jamás hombre alguno ha hablado ni puede hablar, excepto aquellos labios.

Para tratar el asunto con la conveniente claridad, he de puntualizar, ante todo, las cualidades características que ha de satisfacer una religión, si ha de responder a las múltiples y variadas necesidades del hombre. En primer lugar, debe, evidentemente, ser una religión propiamente dicha –definiré los términos seguidamente-; debe ser filosófica, debe integrarla el arte, debe ser también ciencia, y, por último, ha de ser moralizadora. Tales son, en mi concepto, los requisitos con que pueden satisfacerse todas las humanas necesidades. Ellos se extienden sobre la vida humana, y bajo uno u otro de esos conceptos, ha de caer necesariamente todo pensamiento.

He estimado conveniente poner en el frontispicio de la religión universal. ¿Qué es Religión, ya se considere a las religiones en plural o ya a la esencia de la religión? Religiones, en plural, significa la respuesta de Dios por medio de los hombres en quienes la divinidad brilla más que en sus hermanos. Su respuesta a las investigaciones del hombre acerca de sí mismo. El hombre esta siempre tratando de inquirir el origen de donde procede, de la vida que en él brota inmortal, eterna y divina, y cada religión es la respuesta que da el Espíritu Universal al espíritu investigador del hombre que avanza hasta llegar a él. Así como el agua que se precipita por la pendiente, mana una y otra vez desde la altura de las fuentes y salva todos los obstáculos en su camino, así el espíritu del hombre, siendo como es divino, surge desde la altura de la divinidad que el desea evidenciar, y la más fuerte prueba de que el hombre es fundamentalmente divino, la tiene precisamente en su labor de investigación desde tiempo inmemorial en busca de Dios de donde procede. Este es el verdadero significado de religión universal; nada de ritos ni ceremonias: el hombre los ha creado y puede desterrarlos; nada de templos: el hombre los ha edificado, y si vinieran abajo, los podría levantar de nuevo; nada ni aun de libros sagrados, porque también estos están escritos por manos humanas inspiradas por

Dios en los profetas, y si todos ellos desaparecieran del mundo, el poder que los escribió sería capaz de escribirlos una vez más. Pero la esencia de la religión es el conocimiento de Dios, o sea la vida eterna. Esto y nada más que esto es la religión. Cualquier otra cosa está en la superficie, es superflua, salvo para las necesidades de los hombres. La esencia de la religión es el conocimiento de Dios, y cuando Dios es conocido, todo lo demás puede ser hecho por el hombre. La religión universal será en su propia esencia un camino para despertar ese conocimiento, y proclamará, como el fundamento de su enseñanza, la Inmanencia de Dios. Ahora bien:

¿Qué es la Inmanencia de Dios? En cada cosa que vive en un universo, donde todo alienta, la Vida Universal, que es Dios, está presente, nutriéndolo y sosteniéndolo todo. Está escrito en el “Bhagavad-Gita”: “Nada hay móvil o inmóvil que pueda existir fuera de mí.” Y no hay nada en el conjunto del grandioso cosmos, imaginando en su inmensidad todo el sin número de universos de que él es solo una imagen, aunque imperfecta; nada en todos los sistemas de mundos, en los innumerables soles, en el espacio sin límite, en las incalculables vidas; nada, desde el más ínfimo grano de polvo hasta el mismo Logos de un sistema, que pueda existir aparte de la vida que es la raíz, el sostén de todo. Si queréis comprender lo que está oculto –porque la infinitud del espacio inspira temor pero no da calor al corazón– pensad en aquello que más améis, en aquello que admiréis más, en lo que merezca vuestra mayor estimación; la mirada de amor en los ojos del esposo o de la esposa, la sonrisa del niño, la constancia del amigo, la grandiosidad externa de la Naturaleza, el rumor del Océano o el silencio del cielo estrellado; aquello que halléis lo más bello, lo más espléndido; aquello que preste más calor a vuestros corazones y os haga más grata la vida, pues todo lo que sea Dios individualizado en el objeto viviente, y todo lo que sea hermoso y exquisito, es solo el reflejo de Su sonrisa y de Su fuerza. Esto es lo que significa la Inmanencia de Dios, y que servirá de piedra fundamental de la religión del porvenir, de la religión universal que se avecina. Cada religión la enseña, pero llega muy tarde a ejercer la influencia que debe producir en la vida. Después de tan gran enseñanza vendrá la siguiente: que hay un Maestro de los mundos, un Instructor de ángeles y hombres, una poderosa entidad que revela Dios al hombre y eleva el hombre a Dios. Este es el poderoso ser que en la Cristiandad llaman el Cristo, a quien en Oriente conocen por Aquel cuya esencia es la sabiduría, el Señor de Compasión, el Señor de Amor. ¡Oh! hay muchos grandes

profetas y amantes del corazón humano; hay muchos instructores, muchos auxiliares de la humanidad; pero sobre todos ellos, como nuestro sol sume a las estrellas en la invisibilidad, así brilla el Maestro de los Maestros, el fundador de toda creencia, el inspirador de todos los profetas, el Instructor del Mundo.

Si os ocupáis de religiones diferentes de la vuestra, os encontrareis con nombres también diferentes, y tal vez no recordéis que en idiomas distintos un mismo objeto es llamado de muchas maneras. Si se nombra en diferentes lenguas un hombre, un metal, una piedra, de no tener delante la persona o cosa nombrada, se podría suponer que cada palabra representaba diferente cosa. Así, pues, cuando el indo habla del Instructor del Mundo y el budhista del Señor de Compasión, no se echa de ver que se refieren a aquel que es vuestro Cristo, y a nadie más. Los nombres son distintos, pero el superhombre es el mismo. El ama todas las creencias, bendice a todos por igual, envía sus mensajeros a cada una de ellas, y es el corazón y la vida de cada una. ¡Oh! ¿No es una gran cosa, vosotros que sois la mayoría cristianos, que el Señor a quien adoráis, sea adorado también en los países de Oriente tanto como aquí? ¿Qué supone el nombre, cuando el hecho es el mismo? ¿Qué supone la palabra que nuestro balbuciente labia pueda pronunciar, cuando todas las palabras ascienden hasta el que es solo Uno? Cuando el indo adora a Sri Krichna, inconscientemente esta adorando a uno en el cual Cristo fue encarnado; cuando el budhista eleva su corazón hacia Buddha, impensadamente esta adorando a Cristo. Y ¿no es mejor, más perfecto, más bello, que todas las corrientes de homenaje se concentren en una poderosa, individual, y que el Hombre Divino sea uno y el mismo para todas las creencias, aun cuando las almas pueriles no conozcan ni comprendan la unidad del conjunto? Cuando Cristo vino, en la forma que ya conocéis, dijo con palabras claras y bien definidas: “Otras ovejas tengo que no son de este redil, aquellas también me conviene traer, y oirán mi voz: y habrá un rebaño y un solo pastor”<sup>1</sup>. Y cuando pronunció estas palabras, antes de que el Cristianismo hubiese nacido como una creencia separada ¿a quienes, pues, hablaba de salvar de entre aquellos que seguían las otras grandes religiones del mundo? Y nótese las palabras “Otras ovejas tengo,” no “otras ovejas tendré”.

Por tanto, reconocida la Inmanencia de Dios en la religión del Mundo, habrá de reconocerse un Instructor universal, del cual la gran compañía de los que le miran como Maestro, aquéllos de quienes nosotros hablamos como maestros, los

---

<sup>1</sup> San Juan, X, 16. (N. del T.)

apóstoles y los profetas para muchas naciones y muchos pueblos, son sus discípulos, sus mensajeros, divulgan su palabra entre las multitudes y son reconocidos en todas las grandes religiones. El teósofo debe ser únicamente contemplador de los pasos de la Historia. El otro gran punto en la religión universal, después de los tres mencionados, es el Sendero de Santidad, que lleva a la consciente Realización de la Divinidad, la cual conduce a la unión con lo Supremo. Las grandes religiones hablan de este sendero, lo mismo en Occidente que en Oriente. Y aquí, nuevamente, la diferencia de nombre nubla y vela la identidad de la enseñanza. Seguramente, todos vosotros sabréis que en la Iglesia Cristiana hay un sendero que dividen en tres trayectos, que conducen a lo que en los libros Católicos-Romanos se llama la divinización del hombre, la unión con Dios. Dichos trayectos son: el sendero de purificación, el sendero de iluminación y el sendero de unión. Tales son las tres divisiones que los cristianos enseñan. Primeramente, “purificación” que debe preceder a todo lo demás; luego, “iluminación” cuando la divina luz comienza a relampaguear en las tinieblas del alma, hasta que de las cenizas surge una luz permanente en que todo se ve; y después, la tercera parte, la “verificación de Dios”, la “unión” consciente del Dios interno con el Dios externo. El indo y el budhista enseña el mismo sendero; el llamado probatorio que es el sendero de purificación del cristiano; el sendero de Santidad, marcado por los cinco grandes portales de Iniciación, que es el sendero de iluminación, y el sendero de unión, para el cual usan el mismo nombre, puesto que Yoga significa unión. Oh, no hay gran religión en el mundo que prescindiera de esas espirituales enseñanzas.

Y en la religión del porvenir aquel sendero se hará más claro aun, se proclamara nuevamente, y se verá que existe para todas las religiones. Y así como en los antiguos tiempos los hombres hollaban ese sendero, así como en el pasado penetraban en él, del mismo modo en los modernos tiempos, no obstante ser un hecho que la puerta es estrecha y angosto el trayecto que conduce a la unión con lo Supremo, aun como entonces hay ahora hombres dispuestos y deseosos de hollarle, y de llegar a conocer por medio del estudio de los misterios las maravillas de la vida divina y humana, para evidenciar, como se evidenciaba antiguamente, que la Unión del Hombre con Dios es posible.

Me parece que estos puntos son los más salientes de la religión universal. Hay los puntos que la conciencia religiosa ha señalado edades tras edades. Yo sé que algunas veces el pueblo recusa la conciencia religiosa. ¿Por qué? La cosa que

poseéis como más cierta es vuestra conciencia. Que existís, es para vosotros un hecho que esta fuera de toda posibilidad de recusación. Ni se apoya en ningún argumento, ni argumento alguno puede conmoverlo. Y en esa conciencia que es vuestra vida, lo que ha respondido a la divinidad, lo que ha visto a la divinidad, es una parte que no puede ser desligada de ella. Es el más universal testimonio de la humana conciencia; en todos tiempos, edades y países la conciencia religiosa ha encarecido y clamado por el saber que es hoy el pan de la vida. Cuando este es rechazado, cuando la ignorancia lo empequeñece y lo vela, entonces se hace firme como superstición, como el más fatal enemigo del hombre. Este creará lo que quiera que le diga el vulgo que debe o no creer, y la superstición con su propio envilecimiento, muestra cómo la conciencia religiosa se esfuerza por encontrar un objetivo, y, a no tener nada, prefiere tener una superstición. "Pero –dixeis– eso impulsa al hombre en distintas direcciones: una persona cree una cosa, y otra no." ¡Ah! pero no se trata de nombres, sino de hechos; no es el calificativo es el resultado en la vida. Podéis nombrar a Dios con el nombre que queráis; venerareis a Cristo bajo el título que os plazca; podéis hablar como gustéis en vuestro idioma acerca de vuestras creencias; pero si ello os hace llevar una vida noble, si os transporta del mal al bien y del egoísmo al servicio de los demás, si la creencia en Dios bajo cualquier nombre hace al hombre heroico entonces la conciencia es divina, y los nombres son materia indiferente cuando el resultado es el mismo.

La religión del porvenir debe tener una filosofía. ¿Qué es una filosofía? Es una respuesta satisfactoria para la razón respecto de todos los grandes problemas de la vida. Esto es lo que se entiende por filosofía. Debe satisfacer a la razón y debe mostrar la unidad robusteciendo la infinita diversidad de los hechos observados por la ciencia. Ver la unidad bajo formas sin número, evidenciarla entre la diversidad infinita, y esto para satisfacer a la razón, esta es la función de la filosofía. Hablando en general, todas las escuelas de filosofía se dividen en dos: materialista e idealista. La una ve en la materia la fuente y raíz de todo; la otra ve en la vida al creador y director de la materia, y bajo una u otra de ambas banderas, las filosofías, desarrolladas por la razón de la raza, se van agrupando inevitablemente. Ahora bien, no cabe duda de que en la religión universal la filosofía debe ser idealista, porque ha de reconocer al espíritu como la base de todas las cosas, la inmanente vida de Dios como fundamento de todo. La respuesta a los grandes problemas es, dicho sea toscamente, la constitución del universo, que es la manifestación del pensamiento

divino, la Ideación de Dios encarnada en los pensamientos-formas que llamamos mundos. Bruno dijo una vez: “El acto del divino pensamiento es la substancia del universo”, y yo dudo si alguna filosofía puede ir más allá de esta frase. La substancia que integra toda manifestación, la que se manifiesta con aspecto dual como vida y materia, espíritu y materia, esa substancia que constituye todas las cosas y es la unidad final, esa es el pensamiento divino. Si aquel pensamiento cesase, todo se desvanecería. El es la substancia, la realidad que mantiene a los mundos en su incesante evolución. Y cuando llega a asirse ese pensamiento de que la divina substancia es la base de todo, entonces evidenciamos que de esta substancia emana, como si fuera una fuerza dual, el espíritu y la materia: el espíritu, como la fuente de la vida, la fuente de la inteligencia, individualizándose en la vida del objeto en una y en todas las formas; la materia, adoptando formas innumerables, modelos sin cuento, la vasta diversidad de los mundos que llenan el espacio, pero de esencia única. Las formas pasan, y la materia sigue integrando un modelo tras otro, cambia y se muestra en el infinito panorama de los cuerpos, pero siempre está allí inmutable en sí misma, el material único del cual todas las formas son modelos y especies, materia una y vida una, vida individualizada y materia modelada en formas, tales como los mundos vistos por la filosofía, la exteriorización del pensamiento manifestándose en el panorama de que he hablado, y todos los cambios en formas y todas las diversidades de vida reducidas a la vida única y a la materia única, porque, como he dicho, la filosofía busca unidad en todas las cosas, y solo cuando la diversidad es reducida a la unidad, queda satisfecha la razón; lo demás concierne al intelecto.

¿Qué es el Mal? La filosofía responde: que el mal es solamente imperfección, lo que no está completo, pero que se halla en vías de estarlo y no ha llegado al término. Si por un momento queréis pensar en una dirección que requiere atención completa, veréis que la imperfección es inevitable en un universo. Porque ¿qué es un universo? Diversidad de formas. Pero cada forma, no siendo por sí el todo, ha de ser necesariamente imperfecta, siendo menor que el todo, no puede ser idéntica con él; por tanto, siendo menor que el conjunto el imperfecto de suyo, ella misma patentiza la imperfección; que solo la totalidad de un universo puede reflejar la imagen de Dios. El mal no es una cosa positiva, es la ausencia de perfección que está siempre avanzando hacia esta. El mal es solamente ausencia de luz, pero la luz está siempre surgiendo, por consiguiente, el mal cesa de ser una tortura que gravita

sobre el corazón. Aun la forma de mal que llamamos pecado en el hombre, veremos en un momento que no hay razón para que nos desaliente, pues también se halla en el camino del bien. Por nada de lo que respecta a este problema, hecha abstracción de la humanidad, debéis preocuparos ni un momento, porque la condición característica de la manifestación es la diversidad, la imperfección en el objeto aislado. Pero lleguemos al hombre, porque la respuesta no estará completa hasta que hayamos tratado de él. ¿Cómo considera la filosofía al hombre en el más profundo, más amplio y más alto sentido? Primeramente ve en el hombre la imagen de Dios, la más elevada y más pura razón, el sí mismo en el hombre, como decimos algunas veces. Y luego ve lo que a menudo hemos llamado el alma humana, aspirando a lo divino que hay sobre él y solicitada hacia abajo por el bruto inferior, el principio dual en el hombre, del cual depende su crecimiento y evolución: una mano extendida hacia arriba, hacia los cielos, la otra todavía gateando por la tierra. Bruno la comparaba a la luna, por tener esta siempre un lado vuelto hacia el sol y otro hacia la obscuridad. No es posible una imagen más vivida del alma en el hombre. Es la vida individualizada, encarnada en una forma, de la que el cuerpo representa la materia del universo. Espíritu, alma, cuerpo, este es, de un solo golpe de vista, el concepto más simple y filosófico del hombre. Comprende varias subdivisiones, pero están contenidas dentro de esta gran trinidad. De modo que tenemos lo divino en el hombre mostrado por sí solo por medio del pensamiento; tenemos el alma, que es la vida individualizada, y tenemos el cuerpo en el cual el alma está manifestada, por lo tanto, cuando preguntáis ¿qué es pecado? podéis contestaros: El hombre peca cuando hace aquello que él sabe no es tan bueno o es peor que algo más elevado que está en su mano hacer. Este es el pecado. Tiene su raíz en la ignorancia, el único pecado original del hombre. Se extiende desde la ignorancia por el campo de la inteligencia. La embriaguez, el asesinato, el robo, no son pecados entre los salvajes, que no conocen nada mejor; son pecados en el hombre civilizado, porque este sabe más y tolera que el alma sea arrastrada hacia abajo por el cuerpo, en vez de impulsarla hacia arriba, hacia el espíritu. Esta es la verdadera definición del pecado; cuando conocemos lo recto y obramos en otro sentido, entonces, ah, pecamos. Donde no está el conocimiento, no está presente el pecado. San Pablo decía con mucha verdad: "Pecado es la transgresión de la ley." Cuando la gran ley es conocida, transgredirla es pecar. Pero aun entonces no debe desesperar el hombre, pues como la ley no cambia, como es inviolable, la ley que desatendemos

oponiéndonos a su acción, choca contra nosotros, y el sufrimiento consiguiente es el resultado de haber intentado transgredirla; y en aquel sufrimiento existe la lección, y en esa lección el remedio. En un universo que esta regido por una ley, debemos armonizarnos con la ley; de otro modo, penas, miseria y sufrimiento nos rodearan, hasta que abrumados de tanto padecer volvamos al fin al camino recto. Por esto es por lo que no debemos mortificar nuestros corazones acerca del pecado; nosotros nos extendemos fuera de él, pasamos más allá de el, y cada esfuerzo –aun el que termina en falta– es un paso que damos en la escala por la que el alma se remonta al espíritu. Y ¿cuál es la fuerza creadora del universo? Ya lo he dicho: el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre. El pensamiento de Dios hace universos; vuestro pensamiento os hace a vosotros mismos, es la única fuerza creadora, la única cosa por la cual formáis, modeláis, edificáis vuestro carácter. Por tanto, en donde quiera se encuentra el agente creador y el camino para la evolución del alma. El alma se desarrolla por sucesivas reencarnaciones en cuerpos suministrados por la naturaleza, más complejos, más poderosos, según las almas poseen poderes más y más grandes. De este modo el alma asciende hasta bañarse en la luz eternal. Una vez allí no hay temor a ninguna puerilidad del hombre, pues inevitablemente se elevara hacia Dios.

¿Y el arte? He dicho que una religión universal debe tener un arte, y a menudo pienso que en el mundo moderno hombres y mujeres omiten experimentar la grandeza de la influencia del arte en la vida humana. La Belleza no es cosa mortal en la manifestación de Dios en la naturaleza. No hay en ella un objeto no tocado por el hombre, que no sea bello, por que la manifestación de Dios es la belleza. Esta brilla a través de todas Sus obras, y no solamente en las que pueden producir placer al hombre. Si tomáis la célula y la miráis con el microscopio, encontráis aquel pequeñísimo cascarón invisible al ojo humano sin el artificial auxilio, trazado con los patrones matemáticos más delicados, todas las líneas correctas, todos los ángulos perfectos. El divino escultor lo ha modelado en la belleza, aunque ningún ojo lo ve, excepto el ojo divino. En cada obra natural, allí esta la belleza –es la condición de manifestación– y aun cuando el hombre hace deformidades, pronto la naturaleza recubre las fealdades con belleza. ¿Y el artista? El artista es el sacerdote de lo bello, cuyos ojos ven más de Dios que lo que nosotros alcanzamos a ver. Él es capaz de distinguir la belleza bajo las formas de la naturaleza que la están velando, y el deber del artista es mostrar a nuestros ofuscados ojos lo que sin su genio no podemos ver.

Todo lo que sea menos que eso, es una profanación del arte, indigna de este nombre. El color es más para el artista que para vosotros y que para mí; la forma es más para el artista que para nosotros; la melodía es más para el artista que para nuestros oídos indisciplinados. Y cada forma de belleza oculta en la naturaleza, espera que el artista la saque a luz ante los ojos de los hombres; él ha de ver el ideal en todas las formas: la perfección bajo todo lo imperfecto, y su esplendida misión en mostrar la perfecta belleza a los velados ojos de los hombres, de modo que viéndola, puedan estos remodelarse a si propios por ella, y sus vidas pueden ser bellas como lo es la naturaleza, que es la vida de Dios. Esto es lo que significa el arte. Grecia lo comprendió, pero escasamente nación alguna, fuera de ella, ha reconocido la divinidad del arte; Grecia conoció que el arte no es el lujo como prácticamente lo es hoy día. El arte es necesario para las masas del pueblo, mucho más que para vosotros, cuya vida en su relación exterior es mas amena. La zahúrda en una gran ciudad os una degradación, no solo para el pueblo que vive en ella, sino que sus horrores rebajan la vitalidad de la nación. Todo padece entre nosotros a causa de esos horrores. Cuando vemos la cara de una mujer de zahúrda, ojerosa, escuálida y hosca, y a menudo con las huellas del vicio, esa desgracia degrada a la humanidad toda. Cuando veis un hombre salir borracho de una casa publica en el *East End* de Londres, atontado, embrutecido, sufriendo los estragos del vicio que le aniquila, toda la humanidad se rebaja por el horror que ese hombre simboliza. Nadie puede ser perfecto mientras haya un hombre brutal, y el arte es un medio de purificación, de refinamiento, de regeneración. Considerad la belleza del pueblo griego, ¿Por qué la poseía? Porque ellos la extendieron por sus calles, la prodigaron por doquier para que el pueblo la contemplase, por que sus mujeres que habían de ser madres, estaban rodeadas de belleza por todas partes, y los hijos, antes de nacer, se desenvolvían siguiendo líneas de aquella belleza que era el aliento de vida de la Grecia. Y aquello es necesario que lo aprendamos. Hoy, cuando una estatua es muy fea para ponerla en una galería, se la instala en la calle; cuando se tiene un buen cuadro, se le cuelga siempre en una galería; pero el pueblo, que necesita más de verlo, no va a las galerías. Ya se que las cosas van mejorando. Ya se que abajo en el *East End* de Londres se han tomado medidas para poner más arte al alcance del pueblo; pero ¿se ha entendido ya lo suficiente que el exponer la belleza, el hacerla común en la vida, es refinar, hacer más delicada, más agradable la existencia del hombre? Buena música, buenas pinturas, buenas esculturas son

elementos que figuran entre los educadores de la raza, y cada objeto ha de tener su peculiar belleza. Hasta los objetos comunes de la vida han de ser bellos; nada hay que lo impida. Pero muchos prefieren tener un salón de recibir repleto como un bazar de cosas inútiles, que tener un bello objeto en otros cuartos, a cuyo ambiente comunicaran delicadeza y vida. Las escuelas para vuestros hijos deben ser bellas, porque el corazón y el cerebro del niño son muy plásticos. Aquellas cosas horribles que llamáis “Board Schools” o “Council Schools” en Londres son lo suficiente para hacer fea a toda la nación. En ningún cuarto de vuestra casa falto de belleza debéis permitir que residan vuestras criaturas. Y no pongáis en el un decorado miserable desprovisto de arte y digáis que esta bastante bien para los niños. No hay nada demasiado bueno para los niños, y la religión del porvenir traerá este pan de vida a la casa de cada cual, y evidenciara que un hogar exento de la belleza condena el lujo, que nadie tiene derecho a lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario.

La religión del porvenir debe tener una ciencia, pero no ha de ser una ciencia concretada al mundo físico, sino que ha de extenderse a todos los mundos de la materia, pues así como la filosofía es el reconocimiento de la unidad en la variedad, así la ciencia es la observación de la variedad, la observación de los hechos en la naturaleza. La ciencia del porvenir en la religión del porvenir, será una ciencia de todos los mundos, y no solamente de lo más bajo y lo más denso que constituye el plano físico. Observara el mundo de las emociones, envuelto en materia más sutil; el mundo de la mente, envuelto en materia más sutil todavía; el mundo del espíritu donde la materia es la fiel expresión de la vida, no halla obstáculo en nada, y es enteramente plástica para la voluntad. La ciencia del porvenir observara los hechos, las fuerzas y las leyes de la naturaleza no solo física sino moral y mental, de modo que el mal-obrar y el mal-pensar, se demostrara que es contrario a la ley del progreso. La ciencia ha de probar esto por la observación del resultado del mal-pensamiento y del mal acto, estableciendo de ese modo para aquellos planos o mundos, así como para el físico, la ley de acción y reacción que en el Oriente se llama Karma. Si sentís torcidamente, pensareis torcidamente y torcidamente obrareis. Si deseáis lo injusto, el pensamiento y la acción seguirán la misma línea. Lo que penséis, eso vendréis a ser inevitablemente. Esa es la ley, y cuando la ciencia estudie los tres mundos de la evolución humana, podrá establecer esto sobre una base científica definitiva. Nosotros cosechamos en un todo lo que hemos

sembrado, no siempre en el mismo mundo; pero en un mundo o en otro, aquello que se siembra se recoge, y de esa ley nadie puede escapar. Será deber de la ciencia del porvenir hacer lo que solo muy pocos pueden hacer hoy: observar las leyes de la evolución humana para ver cómo esa ley actúa en el pensamiento y el carácter. Y así como examine las leyes de la naturaleza en los tres mundos, así deberá examinar las fuerzas de la naturaleza en ellos, y establecer, sobre la base de la observación, que el pensamiento es el poder creador. Esto esta hecho ahora, ya lo se, por aquellos que están adiestrados en la ciencia que llaman ocultismo, pero la ciencia del porvenir debe extender ordinariamente su vista a aquellas sutiles regiones de nuestra vida, y entonces, observando las fuerzas de la naturaleza, hablará con autoridad de su objeto y de sus resultados. No solamente examinara las leyes y las fuerzas naturales en todos los mundos en que vivimos o actuamos, sino también los fenómenos de la naturaleza en todos esos mundos. De estos, el que hay más allá de lo que llamamos muerte y el que es conocido como cielo, ambos, estarán tan sujetos a la observación como el mundo del cuerpo físico. La ciencia de la religión universal prestara su atención a las leyes, las fuerzas, los fenómenos, como la base para la enseñanza de la moralidad, trayéndola al reino de la ley en vez de depender como hoy del azar o la casualidad.

Entonces, aquella ciencia llevara al hombre al estudio, como hoy la ciencia actual le lleva a usar sus aparatos y sus instrumentos; si bien la ciencia del porvenir ejercitara al hombre en el desarrollo de poderes que existen latentes en el, en vez de ejercitarle en convertir el hierro, el latón y el cristal en instrumentos para suplementar los sentidos; los más finos cuerpos del hombre, los más sutiles y penetrantes sentidos, serán desarrollados en el mismo por aquella ciencia que es el lado material del Yoga. Asimismo aumentarán en él hombre las facultades intelectuales. Los cuerpos en que trabajan la emoción y el pensamiento serán por esto desarrollados más rápidamente, y con tanta seguridad como la ciencia, estudiando la naturaleza animal y vegetal, ha enseñado al hombre a desarrollar en unos pocos años lo que la naturaleza sin ayuda hubiera empleado, siglos en realizar, así esa ciencia del Yoga enseñará al hombre a desarrollar sus propios cuerpos para más amplia utilización por medio de la aplicación de las leyes de la naturaleza sutil, y para acelerar la evolución a lo largo de líneas sobre las cuales no todos pueden trabajar hoy.

Cuando esta religión universal haya enseñado así la esencia de la religión, satisfecho la razón con una verdadera filosofía, elevado el arte al rango que le

corresponde en la vida y fundamentada una ciencia para el establecimiento de las bases del conjunto, esa religión coronara su obra con el remate de una noble moralidad, aplicando las verdades que poseerá, a la elevación de la vida del hombre. Le enseñará a llevar una existencia noble, y le revelará, en ese caso, cuanto sea apetecible. Recordad lo que os he dicho del alma –una mano extendida hacia arriba, hacia el espíritu, otra adherida al cuerpo con todo lo que el cuerpo significa–. El hombre aprenderá a hacer su vida heroica cuando vea comprobadas por sí mismo las posibilidades que existen ante el y en el poder del pensamiento, instrumento por medio del cual puede ver realizadas sus ideas, El empezara a comprender que para llevar esa vida eternal, habitando en el cuerpo denso, todo lo que es inferior, vil, animal, esta por debajo de la altura de su deber y su responsabilidad; el comenzará a entender que el hombre que conoce que la vida es una, y que la infundida en el debe solo tener un objetivo noble, por propio impulso de vergüenza no puede ya vivir la vida del animal de donde su cuerpo se derivó.

Vosotros debéis evidenciar vuestra propia divinidad, comprobar que el hombre es realmente un hijo de Dios, en formación, desarrollándose. No necesitáis amenazas, maldiciones, anatemas.

Se dice que el placer es fácil y que el bien es difícil. Eso depende de la parte de vuestro individuo en que vivís; de cual sea el centro de vuestra conciencia. Si esta en el cuerpo, los placeres animales serán atractivos; pero si vivís siempre en la mente, los goces animales se reducirán a la insignificancia. Al lado de un cuadro esplendido, de una gran melodía, de un magnifico libro ¿qué significa comer y beber y los demás placeres de los sentidos? El hombre no necesita amenazas, sino entendimiento, no necesita maldiciones, sino iluminación. Mostradles una parte de lo que es bueno, y en seguida se afanaran por ello, y lo abrazaran y lo amaran, por que los más elevados placeres son los más deliciosos, como el aire de la cima de las montañas es más placentero que la atmósfera de un zocucho. Aparte de la creciente nobleza del individuo, aparte de la común base, la unidad de vida, la ya evidenciada fraternidad del hombre, se desarrollara. Y vuelvo ahora, al final, a lo mismo con que comencé. Hablé primeramente de la Inmanencia de Dios, con la cual viene a fundirse la fraternidad del hombre; pues como un círculo vuelve sobre sí mismo y, partiendo de un punta y siguiendo en redondo se vuelve al mismo punto otra vez, así la religión universal, partiendo de la Inmanencia de Dios, su presencia en cada objeto, vuelve necesariamente al punta de partida como fraternidad universal, por el

reconocimiento de unidad de vida. Ved todo lo que esa palabra significa: Si vuestro hermano, vuestra hermana, estuviesen muriendo de inanición, corroídos por el mal, oprimidos por la ignorancia, empobrecidos y desvalidos ¿os sentaríais cómoda, confortable, felizmente en vuestros mejores hogares o en vuestras quintas de recreo? ¿No se os llegaría a hacer intolerable vuestra propia felicidad, sabiendo que entre tanto el hermano o la hermana se retorció de penas o de angustia? Pues eso es lo que quiere decir fraternidad. Significa utilizarlo todo para todos y, empleando todo lo que vosotros tenéis, que otros también apronten lo suyo, elevándose a vuestra altura. Significa distribuir todo voluntariamente, no por prescripción de la ley, sino por el más imperioso mandato interno del espíritu, que conoce la unidad de todo. La fraternidad puesta en practica significa la exaltación de la raza humana, significa la real ascensión del hombre a Dios. Como entonces conocéis la belleza de la vida, como conocéis todo lo que poseéis a vuestro alrededor para hacer la vida hermosa y pura, ¡oh!, cuando os penetréis de que todos somos hermanos, estaréis impacientes con cuanto poseáis, hasta hallaros trabajando por el bien de todos. La enseñanza final es, que nada hay tan grande para unirse a la divinidad, como el servicio prestado libre y espontáneamente a todo aquel que lo necesite. Si sois instruidos, distribuid vuestra instrucción, si sois puros, propagad vuestra pureza. Mujeres puras, limpias y buenas hay entre vosotros, pero también en la calle hay mujeres a las que les faltan las virtudes que vosotras poseéis. ¡Oh!, vuestra pureza brillaría más si la infundierais en la impura y tratarais de reintegrar vuestras hermanas a aquello que es la bendición de vuestras propias vidas.

Como la religión universal viene con todo el vigor que le imprimirá el que es Instructor del Mundo, estas verdades que tartamudeando pronuncio a vuestro oído, vendrán saturadas del más alto poder inspirador. El dará vida a lo que yo solamente puedo describir. El hara atractivo lo que yo solo puedo expresar en pobres palabras humanas; porque El hablará a vuestro espíritu donde yo solo puedo hablar a la mente y al corazón, y Su voz levantará al mundo hacia la Divinidad, porque la Divinidad irradiará de El mismo esplendorosamente.

### III.-LA VENIDA DE UN INSTRUCTOR DEL MUNDO

#### ***Tercera de una serie de cinco conferencias dadas en Queen's Hall, Londres, el 25 de Junio de 1911***

HERMANOS: Quisiera suplicaros que retrotrajeseis vuestro pensamiento por un instante a la primera conferencia de esta serie.

Tengo que referirme a ella de un modo más preciso por un momento, pues deliberadamente traté en aquella de establecer un fundamento para que, basándose sobre él, el desarrollo del tema de esta noche, pueda apareceros más natural y más convincente, ya que un acto aislado, sin relacionarlo con aquello con que esta en conexión, puede parecer extraño, quimérico, increíble. Así como un fragmento de un rompecabezas, separado del resto, sin relación con ningún otro fragmento contiguo, presenta un aspecto raro, una forma ininteligible, pero que una vez colocado en su lugar propio en el rompecabezas completa el conjunto y se encuentra natural y con significación, así los grandes acontecimientos en la historia del mundo, si se miran divorciados de todo otro pormenor, parecen ininteligibles, imposibles; pero cuando se consideran en su curso regular, cuando son reconocidos como partes de un todo perfecto, entonces, lo que era extraño viene a ser natural, lo que era increíble se hace digno de crédito, y no hay duda de que por muy extraño que hubiese parecido desplazado de su puesto en la historia, nada se halla en el de increíble ni aun de extraño cuando le vemos en el lugar que le corresponde.

Pero antes de referirme al verdadero lugar del Gran Instructor del Mundo en la historia, permitid por un momento que llame vuestra atención con el relato de sucesos a que los hombres llaman historia, y os ruegue que volváis vuestros ojos hacia aquellos que guían en ella los sucesos, que informan la evolución humana, que administran las leyes de la naturaleza. Más allá, y detrás de todos los acontecimientos físicos, hay una poderosa jerarquía de orden gradual, en cuyas manos reside el gobierno, la dirección del mundo, potente jerarquía, compuesta de los verdaderos gobernadores de los hombres, de quienes los reyes y maestros de la tierra no son más que sombras o símbolos; la gran jerarquía que ha guiado nuestra raza e informado sus destinos desde el nacimiento de nuestra humanidad hasta el momento actual, y que la guiará en los milenios del futuro, como la guió en los

milenios del pasado. Aquella jerarquía poderosa tiene dos departamentos principales concernientes al crecimiento y la evolución del hombre: uno el departamento que guía la evolución exterior, que modela las formas de las razas, que levanta y derrumba las civilizaciones, y ante el que los reyes y las naciones del mundo son peones en el tablero de la vida; el otro, el departamento de enseñanza, que da al mundo religión tras religión según el mundo lo ha necesitado; que, asiendo en sus manos la Verdad, enseña de tiempo en tiempo porciones de esa Verdad en formas inteligibles para el pueblo, da al mundo sus instructores espirituales, los fundadores de todas las religiones, y guía todo su desenvolvimiento espiritual y moral. Y de esos dos grandes departamentos visibles por su obra a través de la historia de la Humanidad, hay en cada uno de ellos una cabeza que utiliza las fuerzas del conjunto y dirige sus energías a los fines previstos.

A la cabeza del departamento de gobierno del mundo se halla el poderoso ser de quien procede la palabra “man” (hombre), el Manu, el Hombre, el tipo de cada raza, según el cual esta va gradualmente formándose, el hombre perfecto de cada raza, que gradual mente desarrolla en esta las cualidades infundidas en él. Y como el nombre *man* significa el pensador, el razonador, el inteligente, así el nombre del hombre típico, el Manu, es respecto del gobierno el legislador de la raza, y juntamente con el se halla su hermano en la gran obra de la evolución, el Instructor del mundo, llamado por este nombre en algunos de los antiguos libros de la tierra, conocido como aquel que incorpora en si mismo la sabiduría, que es la verdad con que alimenta a la raza humana. Y aquellos dos seres, el Gobernador y el Instructor del Mundo, están a la cabeza de los dos departamentos de que he hablado, permaneciendo como los símbolos de la jerarquía, como un compendio de sus reglas y de su poder instructivo. En las escrituras de las religiones se ve que esto ocurre de tiempo en tiempo; sin embargo, a menos que profundicéis en la verdad que las escrituras encierran, el hecho tal y como aparece en la historia, no os impresionara con toda su significación. Por esto, a aquellos de vosotros que han sido educados desde su niñez en las enseñanzas de la Biblia Cristiana, la Biblia Judía, este hecho debe parecerles natural y corriente, porque veis en el a la cabeza de la joven nación judía los dos seres tipos de que os he hablado, bajo los bien conocidos nombres de Moisés el Legislador, y Aarón el gran sacerdote del pueblo judío, pues en todas estas escrituras tenéis representados una y otra vez los mismos grandes actos de la evolución humana. Los mismos actos se repiten bajo aquellos

dos nombres de Legislador y Maestro, de Jefe del Estado y Jefe de la Religión. Y aquella, que es llamada algunas veces Gran Logia Blanca, aquel poderoso Cuerpo de los Guías y Maestros de la Humanidad, es la raíz de todos los grandes pensamientos que de tiempo en tiempo vienen a ayudar al mundo. Sus mensajeros se mueven siempre entre los hombres, trayéndoles la verdad que la edad necesita, y en la extensa línea de grandes genios en literatura, en arte y en ciencia, se pueden señalar los enviados de aquella gran jerarquía que, oculta a la vista, guía los destinos de los hombres.

En remotos días, largo, muy largo tiempo ha, antes de que nuestra orgullosa quinta subraza Teutónica hubiese empuñado el cetro y dirección del mundo, entre pueblos más jóvenes y en más tempranos días, los mensajeros eran respetados, los maestros bien recibidos y reverenciados. Solamente con el crecimiento de la mente concreta en el hombre y de aquella autónoma individualidad, que no tiene precio para la evolución del hombre, si bien en muchas de sus manifestaciones es repugnante y deplorable, solo desde que esa parte de la humana naturaleza ocupó y sigue ocupando el lugar preferente a la cabeza de la evolución, solo desde entonces, los mensajeros han sido menospreciados en vez de ser reverenciados, rechazados en vez de bien acogidos. De aquí el peligro que hoy hay de que la historia del mensajero, mejor dicho, del Gran Maestro que vino en la infancia de la quinta subraza, la Teutónica, se repita de nuevo en nuestros propios días, cuando esa subraza ha alcanzado su madurez, porque la historia de los mensajeros, desde que Cristo vino a la Tierra, ha sido una historia de persecución, de tortura, de asesinato, de suma repulsión. Algunas veces, mirando a un pasado reciente, causa asombro el pensar si estará dispuesto el mundo para el nuevo advenimiento de un Gran Instructor, o si la oposición que hizo a otros más pequeños Instructores, podrá acaso hacerla otra vez al Maestro, al hacerse visible una vez más sobre la Tierra.

Pero antes de abordar esta cuestión, consideremos que el Instructor del Mundo es el fundador y la figura central en el círculo de cada religión, pues cada subraza, como ya sabéis, tiene su propia religión, dada a ella en su infancia, moldeando y formando su expresión durante el crecimiento desde su juventud hasta su madurez. De modo, que considerando las religiones de la Tierra en relación con las subrazas, encontramos una gran sucesión de Grandes Instructores que, en puridad, son todos uno y el mismo Maestro, apareciendo sobre la tierra una y otra vez para la ayuda y enseñanza del pueblo. Y mientras el jerarca encargado del gobierno desenvuelve

gradualmente la población y la moldea, subraza tras subraza, el Instructor del Mundo juntamente con el aparece en una subraza tras de otra y da a cada una de estas una religión apropiada a sus necesidades, diseñada cuidadosamente para su exclusiva y peculiar evolución.

Siempre el Instructor del Mundo esta en conexión con lo que se llama Los Misterios, esto es, la enseñanza secreta, el lado esotérico de la religión, que es revelado a los suficientemente capaces de recibirlo, de experiencia bastante para comprender el dorso de toda religión exotérica, lo que Orígenes llamaba Gnosticismo, el conocimiento sin el cual una religión tiende gradualmente a decaer y extinguirse.

El Instructor del Mundo, cuando aparece, da siempre a la religión sus Misterios, en los que y por los que la verdad se conserva viva. Desde luego que reconocéis esto en la historia de las religiones anteriores a la vuestra, pero muchos de vosotros no sabéis que el Instructor del Mundo, cuando vino a la Tierra, restableció para la Cristiandad los Misterios que las anteriores religiones habían poseído, y que en las escrituras de la primitiva Iglesia se hablaba de aquellos Misterios; que en las enseñanzas de los primeros obispos y mártires de la Iglesia fue de los Misterios de donde ellos adquirieron sus conocimientos, pero que lentamente fueron aquellos eclipsándose, a medida que los discípulos iban careciendo de su enseñanza; pero en los primeros tiempos de la Iglesia Cristiana fueron los Misterios tan inherentes a ella, como lo habían sido a las más antiguas religiones del globo.

En aquellos Misterios la enseñanza del Instructor del Mundo fue siempre una y la misma. Podéis reconocerlos cuando las vislumbres de la enseñanza aparecen en la filosofía o en la religión. Siempre se fundan en la proclamación del ego universal y del ego particular o especializado, que es un fragmento individualizado del todo. La existencia de ambos egos es el hecho fundamental que el hombre necesita conocer para su progreso en la identidad de naturaleza entre los dos, y la necesidad para el hombre de comprobar esa identidad y reconocerse uno con la vida universal, aquella suprema enseñanza por símbolos, por alegorías para el mundo exterior, y ampliamente expresada en su más interna verdad, para cuya enseñanza y transmisión a sus iniciados fueron establecidos todos los Misterios.

Si miramos a las diferentes sub-razas y las analizamos, utilizando el conocimiento que podamos haber adquirido de aquellas cosas internas, podremos ver cómo cada

vez el Instructor del Mundo usó de un símbolo un tanto diferente, pero abrazando siempre la misma verdad fundamental. Podremos echar una ojeada sobre las sub-razas que han precedido a la nuestra, y ver cómo en cada una de ellas se han dado veladas las enseñanzas en las escrituras externas, en las enseñanzas exotéricas de la religión. En el linaje de nuestra raza, el primer gran pueblo ario tuvo como Instructor del Mundo al Gran Maestro conocido con el nombre de Vyasa, el cual enseñó la verdad bajo la figura y símbolo del sol. El hindu de hoy os hablara de la personificación del espíritu en el sol, y la más sagrada fórmula, el más poderoso mantra del hinduismo, consiste en una suplica a ese supremo sol, una oración para que ilumine los corazones de los hombres. El sol en los cielos, como el símbolo visible de la Divinidad; el sol en el corazón del hombre, como el ego individualizado en él, idénticos ambos, y cuya realidad debe comprobar el hombre dentro de sí mismo antes de reconocerla como tal verdad fuera de sí. En esta forma fue dada la enseñanza a la madre de nuestra sub-raza, y así existe aun en la India en nuestros días.

Cuando apareció en la segunda sub-raza en Egipto, bajo diferente nombre, el Instructor a quien los griegos llamaron Hermes, tomó la luz como símbolo, y fue el primero que pronunció aquellas palabras, familiares para vosotros, en el cuarto evangelio egipcio, que hoy encontráis en vuestro Nuevo Testamento, por medio de las cuales proclamó entonces “la Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”, la Luz en el corazón del hombre, así como la Luz en el Universo exterior. El rey de Egipto fue enseñado a buscar esa Luz, porque únicamente el rey que ve a Dios en su corazón, a El sometido, puede ser verdaderamente un rey y evocar el lado divino de la naturaleza de su pueblo. Y ved como tan luego que el rey fue enseñado a buscar esa Luz, fue igualmente enseñado el pueblo a seguirla. La doctrina de la Luz interna y de la Luz universal, fue el verdadero centro de los Herméticos Misterios del Egipto.

Apareció después en la tercera sub-raza a los iraníes, presentándose con el nombre de Zarathustra, conocido mejor por Zoroastro, siendo entonces el fuego el símbolo bajo el cual fue enseñada la gran verdad; fuego en el corazón del hombre, fuego en el templo para las ceremonias cultuales, fuego en el cielo que da luz al mundo. Y en aquellos tiempos, cuando los sacerdotes eran realmente Magos y conocían el gran arte de manejar los elementos de la tierra, la mano del sacerdote del fuego, como la de Zarathustra, el hijo del fuego, elevada hacia el cielo atraía

fuego de las nubes, el cual, chocando con el altar, lo encendía en su llama. Y tal fue la impresión que produjo aquella enseñanza, que los modernos Parsis, que aun conservan memoria y tradición de aquel antiguo culto, cuando han de encender fuego en sus templos, el fuego sagrado, que conservan encendido año tras año no pueden encenderlo en un templo nuevo valiéndose de los distintos fuegos de la tierra, como el del hogar, fraguas y demás que el hombre utiliza en sus faenas; no pueden, finalmente, encender el fuego sagrado hasta que el rayo –que ellos ya no saben cómo hacer surgir del cielo– estalla atronador en la tormenta de la atmósfera, y entonces, de un árbol que el rayo haya podido incendiar, toman el fuego que debe arder en el altar del templo.

Por cuarta vez aparece de nuevo, a los griegos, en la cuarta sub-raza, bajo el nombre de Orfeo, pero ahora no es en la luz, sino en la música y en los misterios del sonido en lo que enseña el desenvolvimiento del espíritu en el hombre. Así, los griegos, recibieron en la música y en los misterios Órficos la base de sus conocimientos. Por tanto, la grandeza de la Grecia estaba enriquecida con las enseñanzas que el Instructor del Mundo vino dando desde las sub-razas anteriores acerca del sol, de la luz, del fuego y de la música.

Después, aquel Gran Ser volvió a la Tierra una vez más para llegar a ser el Señor Buddha y fundar la religión, cuyo numero de creyentes excede aún hoy al de toda otra religión en la tierra. Y desapareció para nunca más tomar forma mortal, entregando el cargo de la enseñanza del mundo en manos de su hermano, de aquel que había permanecido junto a El por muchas edades, de aquel que es hoy el Instructor del Mundo, del gran Señor Maitreya, a quien la Cristiandad llama el Cristo. Más entre ambos, idénticos en pensamiento, idénticos en enseñanza, hay, sin embargo, una diferencia de temperamento que matiza toda esa enseñanza, pues aquel que llegó a ser el Buddha, es conocido como el Señor de la Sabiduría, y el que fue el Cristo, es conocido como el Señor del Amor. El uno enseñando la Ley, llamando a los hombres a su recta interpretación para pensar rectamente; el otro enseñando en el Amor el cumplimiento de la Ley, y a ver en el Amor la verdadera fisonomía de Dios. ¡Señor de Sabiduría! ¡Señor de Amor! Este Señor de Amor es hoy el Instructor del Mundo.

Donde primeramente se mostró fue a su antiguo pueblo, el fundador de aquel culto que aun profesa la inmensa mayoría del pueblo indio. Los filósofos pueden reverenciarle como el Poderoso Dios; los pensadores intelectuales pueden hablar

del Uno Omnipenetrante Ego; pero la forma bajo la cual Dios es adorado en miríadas de hogares en la India, la forma en la cual esta extendida una devoción y ferviente amor que a ninguna religión en la Tierra le es posible exceder, es la de Sri Krishna, no el hombre de Estado, no el guerrero, no aquel que podéis imaginar leyendo la historia del Mahâbhârata, sino el Sri Krishna que fue el amador de los hombres, el niño y el adolescente que mora en el corazón de cada hindo, exactamente como expresaba el profeta hebreo cuando decía: “Tu Creador es tu esposo”. ¡Amante y amado! Tal es la divina forma que tiene cautivo hoy día el corazón de la India; a quien ellos llaman Krishna y vosotros llamáis Cristo, porque es el Señor de Amor adorado por unos y por otros.

Después vino en nuestra quinta raza el Gran Maestro a dar una nueva religión y a preparar el crecimiento espiritual de los pueblos teutónicos. Apareció y sólo tres breves años ejerció su perfecto ministerio entre el pueblo judío, pues como patéticamente se ha dicho: “a los suyos vino y los suyos no le recibieron”, y aunque se decía que hablaba como jamás hombre alguno había hablado, solo tres años pudo residir el Señor de Amor entre ellos. Después que le hubieron dado muerte, los archivos de su Iglesia declararon que solo había podido reunir escasamente unos ciento veinte discípulos. Extraño éxito para la aparición de un Instructor del Mundo; pero la historia ha vindicado el imperio de su enseñanza; pues si su generación le despreció, cientos de generaciones después le han rendido homenaje, y en el Cristianismo de hoy su nombre va adquiriendo cada vez mayor y mayor poder, porque los hombres han comenzado a comprobar que el Cristianismo no es una iglesia, no es un libro, no es una organización, sino un reconocimiento de un Cristo viviente, y el desarrollo de Su vida en el hombre.

Ahora que os he conducido a este punto, subraza tras subraza, con el Instructor del Mundo, apareciendo en cada una y dando a cada una su religión, ahora que os recuerdo que en nuestros presentes días, por el testimonio de los etnólogos, un nuevo tipo de sub-raza esta comenzando a formarse, ¿cuál es el inevitable corolario? ¿Cuál es la primera cosa por suceder que vosotros y yo podemos esperar? Si durante cinco sub-razas ha aparecido siempre el Maestro para enseñar y ayudar ¿quedará la que ahora nace, sola y sin ninguno? ¿Acaso el Instructor del Mundo rehusara aparecer ahora como ha aparecido antes en cada caso similar? He aquí el argumento del racional punta de vista que yo desearía que consideraseis: “Si parece tan extraño y tan imposible que en nuestros mismos días, lo mismo que

anteriormente, algún Gran Maestro venga al Mundo para elevarle y ayudarle". Con nuestra presunción de inteligencia y racionalidad, estamos prontos a imaginarnos demasiado pequeños para ser bendecidos con la presencia de un Instructor del Mundo, y, no obstante, si vino cinco veces antes, precisamente en condiciones similares de aparición de un nuevo tipo humano en la tierra, ¿por qué habría de quedar esta vez fuera de la serie, y lo que tuvo lugar cinco veces antes ha de faltar en nuestra generación? Un pensamiento que podéis considerar cuando concentréis vuestra mente es: al hablar de la venida del Instructor del Mundo, o estoy yo soñando y fantaseando, o estoy hablando palabras de verdad y seriedad, como aquellos que daban testimonio de Su venida, cuando la última vez hollaron Sus pies la superficie de nuestro globo.

Hay otro argumento no histórico pero sí testimonio de gran fuerza a mi parecer, el cual habéis de considerar cuando penséis acerca de la probabilidad de tal acontecimiento, y es que en el estudio de la historia, donde quiera que se ven signos de una gran idea esparciéndose sobre la mente del pueblo, una tendencia que va a realizarse en la historia, sucede que cuando el tiempo es oportuno, siempre se realiza la idea encarnada en una persona, y la persona hace visible en la tierra lo que gradualmente ha ido creciendo en la esperanza y el anhelo del pueblo. Con unos pocos ejemplos podréis reconocer que así sucede. Los hombres pensaron y sonaron en la Unidad de Italia, y aquella idea tomó forma en Mazzini el profeta y en Garibaldi el guerrero, y así en el caso de Alemania. Mucho se habló de una patria única alemana, los poetas la cantaron, los que escribían libros hablaban de ella defendiéndola; pero solo cuando la idea se difundió ampliamente, cuando los corazones de la nación convergieron a ella, entonces encarnó en Bismarck, el hombre de Estado, y en Moltke, el general. Esa es la verdad siempre: que cuando nace una idea en el corazón del pueblo y se difunde con amplitud en él, nace también algún gran hombre en el cual toma forma aquella idea y la lleva a su realización. Y cuando veis, como os expuse hace quince días, una tendencia creciente hacia la unión entre las religiones y entre los pueblos, cuando hay hombres que hablan de paz universal, cuando se les ve discutiendo la posibilidad de una federación, habréis de reconocer que el movimiento mundial hacia la unión debe necesariamente tomar encarnación en aquellos que pueden realizarla. Y ¿quién podrá hacer la unión de las actuales religiones sino el Instructor del Mundo que dio esas religiones a los hombres? En este sentido es cierto lo que el profeta dice: que

“los acontecimientos lanzan sus sombras por delante”, por que los acontecimientos ocurren en el mundo espiritual, y la expectación de ellos es la sombra en las mentes de los hombres, los cuales las llevan gradualmente a su realización. por esto, cuando oímos por todas partes el clamor de que se hace necesario un Gran Instructor religioso, cuando encontramos que del púlpito en púlpito se exterioriza el anhelo por un Gran Maestro que una los corazones y haga de la fraternidad de las religiones una realidad en el mundo, entonces comenzamos a entender que estamos cara a cara con uno de aquellos movimientos que se infunden por si propios en los guías de la Humanidad, y que el anhelo por una religión universal llegará a encarnar en un Instructor del Mundo, que hará esa religión manifiesta en la tierra.

Como pensando a lo largo de estas y otras líneas vemos en el mundo alrededor de nosotros los variados acontecimientos del gran panorama que esta siempre moviéndose ante nuestros ojos; como comprobamos por nuestra razón que estamos justamente al borde de una de las grandes crisis de la historia de la humanidad; cuando la intuición, que es la voz del espíritu clarividente, confirma la conclusión a que la razón ha llegado penosamente, pero entonces surge esta otra cuestión en nuestros corazones:

Quando El venga ¿le recibirá el mundo? Quando venga ¿le conoceremos? ¿Cómo evitaremos que se repita la triste tragedia de Su ultima aparición sobre la Tierra? ¿Se repetirá la historia de Judea, de Jerusalén y aun del Calvario y se representara otra vez un drama tan enorme en la escena del teatro de este mundo?

Si en vez de atravesar por el clamor de siglos y la maravillosa refulgencia que la adoración de millones de seres han rendido a la figura de Cristo, si en vez de lo que hoy os mueve a adorarle os consideraseis en Jerusalén hace 2000 años, ¡que diferente os parecería entonces la historia de aquella vida, que diferente el juicio que hubierais formado de aquel nuevo profeta que había surgido de entre los judíos! ¿No podéis penetrar con la Imaginación las entonces inevitables contingencias del tiempo? ¿No podéis representaros al joven desconocido, surgiendo de entre un pueblo orgulloso e insolente, dándoles un mensaje diferente del que ellos esperaban? ¿No podéis imaginaros el espíritu de aversión que censuraba al nuevo predicador, que hacia cuestión de Su rectitud de juicio y de Su moralidad? Alguno decía que era bueno: “No” decían otros, “el engaña al pueblo”, y otros exclamaban: “Está endemoniado y es loco, ¿para qué escucharle?” ¡Oh! tratad de convivir por un poco de tiempo en aquellos primeros siglos; tratad de penetraros de los sentimientos

del pueblo, del voluble populacho que por un momento le escuchaba gratamente, y después cogía piedras para arrojárselas, del pueblo que cambiaba al menor soplo de mudanza, ya amando, ya aborreciendo, ora exclamando “Hosanna”, y después “Crucifícale”. Tratad de pensar que hubierais sentido, siendo de aquel pueblo judío, acerca de un forastero no instruido en las enseñanzas de los fariseos, no un rabino o maestro reconocido del pueblo, quizá un instigador de este, quizá provocando descontento o tal vez rebeldía, un herético en religión, acaso un peligro para el Estado. Así comprenderéis la calma que reinó en Jerusalén cuando el pueblo evidenció su muerte, y vieron que había desaparecido aquel germen de peligros, causa posible de males que habían extirpado de raíz; porque ¿cómo conocerá un hombre al Maestro? Sólo por la enseñanza que de. Pero el valor de la enseñanza de Cristo se ha mostrado en la historia; no se hizo patente por sí para el pueblo que oía las palabras salir de Sus labios. Esto no es sorprendente, porque cuanto más elevado es el maestro, más difícil es llegar a apreciar el valor de la enseñanza que da. El maestro aceptable es el hombre que dice una cosa algo mejor de lo que podemos decirlo los demás, pero que dice lo que queremos que diga, no un hombre que sea superior a nosotros y que hable de cosas de los cielos a embotados oídos de la tierra. ¡Oh! ¿reconoceríamos nosotros un tal maestro si apareciese en el Londres de hoy en vez del Jerusalén de hace 2.000 años?

Para que esta pregunta pueda ser contestada un tanto fundadamente, dejadme plantearla 2.000 años ha en el Londres de nuestro tiempo, y ver hasta donde el prejuicio del día hubiera estado en contra de la aparición de tal Maestro; hasta dónde el pensamiento actual se hubiera doblegado ante las palabras que El pronunciara.

Fijaos en una cosa muy común, muy simple, ampliamente extendida: vuestro prejuicio contra razas cuyo color sea otro que el vuestro. Suponed al Cristo habiendo tomado cuerpo en un hombre de color. ¿Querriais reconocerle como el Supremo Maestro? El no hubiera podido permanecer en muchas de vuestras colonias, El hubiera sido arrojado de Australia, Canadá, Sud-África. Y esto no es más extraño que los prejuicios que impedían a los judíos el reconocer al Cristo en uno de su propio país. Estas son las cuestiones practicas que necesitáis considerar, porque en el pasado los Instructores han sido todos orientales, de las razas que ahora despreciáis y creéis inferiores a la vuestra. ¿Cómo, pues, si toma un cuerpo oriental vais a querer aclamarlo como vuestro Maestro? El Cristo fue un oriental. Los

hombres que le reverencian menosprecian a los orientales, quienes por razón de su sangre están más próximos a El que lo que lo están aquéllos, y ninguno aquí parece pensar mucho en esto, ninguno aquí parece considerar que tal vez está levantando una muralla de prejuicio que privara a sus ojos de reconocerle cuando venga. Por tanto, una de las cosas de la cual habéis de despojar vuestras mentes, si queráis tener una clara visualidad, es de todo prejuicio de raza, de todo prejuicio de color, de todo orgullo que os lleve a pensar que el hombre blanco es el favorito de Dios, y no otro alguno. Ahora bien, hasta que todo esto no esté grabado en el corazón de cada uno de nosotros, hasta que no tendamos nuestras manos, no de protección y conmiseración, sino de igual fraternidad a los hombres de todas las razas y todos los colores ¿no podrá acontecer que cuando el Cristo esté entre nosotros le rechacemos porque no sea de nuestra sangre y clase?

El maestro, dije antes, se justifica por su enseñanza. ¿Cómo seremos capaces de reconocer la espiritualidad de Su enseñanza, si esta lleva las cosas por un sendero diferente de aquel en que estamos acostumbrados a verlas, si presenta alguna gran verdad espiritual con un nuevo aspecto y bajo una luz nueva? Primeramente, tratando de desarrollar en nosotros lo espiritual sobre lo intelectual y emocional, de fomentar en nosotros la vida espiritual, la cual reconocerá su linaje cuando alcance a ver espiritualmente, en su más elevada y maravillosa forma. Las medidas del cielo no son las medidas de la tierra, y las balanzas divinas difieren muchísimo de nuestras balanzas humanas. Nosotros admiramos muy a menudo el orgullo y la fastuosidad, el esplendor del intelecto o lo mágico y emocional, pero el hombre espiritual es dulce, tranquilo, halagüeño y sin resentimientos. ¿No estáis siempre prontos para defenderos contra un ataque injusto, dispuestos siempre a probar que tenéis la razón y que el otro no la tiene, siempre vivos para coger un arma y acometer a quien os ha agredido? ¿Quién cree que es humano soportar un insulto en silencio? ¿Cómo podríais apreciar la majestad, la dignidad de quien cuando es acusado permanece silencioso delante de sus jueces y no le hacen contestar ni una palabra con ninguna amenaza ni acusación? Porque si oís una acusación contra alguien y esa persona permanece callada y no se defiende, decís que es culpable, porque de no serlo, se hubiera defendido, querellándose o tomando alguna otra medida análoga. Pero esta no es la senda de la vida espiritual. Esas no son las armas de los grandes de la raza. “Cuando Él era ultrajado, Él no volvía el ultraje. Cuando Le injuriaban, no amenazaba.; Él se infundía a Sí propio la idea de que

juzgaban rectamente.” He ahí el secreto espiritual, la ley es segura, la ley es justa, la ley es buena, vosotros no necesitáis vengaros; si os han injuriado, la gran ley os dará la razón; y nadie puede dañaros, si no es que vosotros habéis forjado el arma para heriros, pues solo los que se agravian a si mismos, reciben otra vez el daño.

Así pues, si queréis conocer al Cristo cuando aparezca, cultivad el espíritu de Cristo, pagad el insulto con perdon, soportad las acusaciones en silencio, refrenad la cólera, no respondáis al mal con mal, sino con bien. Y si podéis desarrollar en vosotros esas Cristianas cualidades, vuestra visualidad se hará clara para reconocerle cuando aparezca, porque aunque en vosotros sea imperfecta y en El perfección, la naturaleza de ella será, sin embargo, la misma, y conociendo lo suyo, reconocerá la grandeza que de otro modo hubiera cegado sus ojos.

Si queréis reconocer a Cristo cuando aparezca, tratad de desarrollar en vosotros no solo la mansedumbre y la paciencia, sino todas las cualidades que hacen al hombre espiritual, el amor por todo cuanto se presente, sea atractivo o repulsivo, la paciencia, que se hace más paciente cara a cara con la ignorancia y la estupidez; el amor que se hace más benigno cuando se encuentra con la esquividad, cuando tropieza con la flaqueza, con las cualidades alguna vez escarnecidas calificadas de propias de mujeres, como si cada mujer las poseyese; el corazón que percibe y siente cuando la miseria se encuentra ante el y no oculta nada si tiene algo que dar.

Si queréis conocerle cuando venga, refrenad la tendencia a desacreditar lo grande y a encontrar defectos en lo que es noble. Muchos miran el sol solamente para ver sus manchas, y no hay hombre, se dice, que sea un héroe en el concepto de su ayuda de cámara. ¿Por qué no? No es porque el no sea heroico, sino porque el corazón del ayuda de cámara no puede apreciar el heroísmo. Criticamos, encontramos diminutas faltas, damos importancia a los pequeños yerros, y quizá dejamos pasar inadvertida el alma de bondad y de grandeza de los que nos rodean. ¡Oh! cultivad la reverencia, aunque esto este en contra del modo de sentir de la época. No os avergoncéis de admirar. No os cause rubor prestar reverencia a quien sea más grande y más noble que vosotros, porque el poder de admirar significa realmente la facultad de ennoblecerse. Cuando reconozcáis lo que es noble, el solo hecho del reconocimiento os eleva más cerca de ella y os hace a ello más semejantes. Reverenciad la grandeza donde quiera que la veáis, en la vida interna y externa, en el genio del escritor, del pintor, del escultor, en la beatitud del santo, en la compasión del piadoso. En todos cuantos encontréis, procurad ver lo mejor y no lo

peor. Reconoced en cada uno, incluso en el criminal, la santidad que potencialmente lleva en sí; pues por ese amor y respeto a aquello que solo existe en embrión, la semilla germinará, y pronto se desarrollará en flores y frutos. Dios esta en cada hombre, y si no le veis, es porque vuestros ojos están velados; si queréis ver lo divino en su más admirable perfección, en un Cristo, vedle en vuestros prójimos más pobres de uno y otro sexo, y en verdad que le reconoceréis cuando aparezca.

Cuando lleguéis a sentir reverencia, no pongáis un freno al amor que tienda hacia aquel que veáis que es más grande que vosotros; por el contrario, alimentad el sentimiento de devoción que esta presto a amar, que se halla pronto a dar, que es capaz de rendirse totalmente ante aquello en que reconoce superioridad. ¡Oh! se dice de antiguo que hubo algunos que cuando encontraron al Cristo lo dejaron todo y lo siguieron. Y si cuando éste entre nosotros en nuestra vigésima centuria, alguno de vosotros desease ardientemente figurar entre aquellos que, al verle, dejen todo y le sigan, cultivad ese sentimiento en vuestra vida diaria en tanto no se presente manifiestamente entre nosotros. Practicad de este modo las virtudes que habrán de convertirse en flores cuando estéis en Su presencia. Tratad de penetrar lo que debe ser el Maestro de dioses y de hombres. Tratad de atraeros algún destello de Su espíritu de amor perfecto, algún relámpago de Su naturaleza de pureza perfecta, algún conocimiento de un poder que todo lo alcanza, porque domina el conocimiento y la respuesta de todas las cosas.

Si todo esto acontece entre nosotros y en número bastante para influir la Pública opinión de nuestro tiempo, cuando el Señor de Amor aparezca otra vez, no será, no, una Cruz lo que aquí encuentre; no será el odio lo que surja ante Él, y no solo tres breves años permanecerá entre nosotros, sino que nuestro amor no le dejara partir, y retendrá como encadenado más tiempo aún al Señor de Amor; y quienes de nosotros hayamos progresado en semejanza a Él, quienes hayamos anhelado la gloria de su presencia, podremos con nuestros propios ojos contemplar al Rey en Su belleza y conocer al Supremo Maestro, que ya otra vez, mucho ha, holló el sendero de este Mundo.

#### **IV.-PROBLEMAS SOCIALES: ¿PROPIO SACRIFICIO O REVOLUCIÓN?**

HERMANOS: Al conocer el tema de mi conferencia para esta noche, pensareis

algunos de vosotros que desciende notablemente de los que hemos venido considerando en los días anteriores. Del estudio de una religión mundial, de la contemplación de un Maestro del Mundo, hacemos un giro para sumergirnos en los problemas sociales de nuestro tiempo y preguntar si serán solucionados, por propio sacrificio o por revolución. Y, sin embargo, observando debidamente el asunto de las necesidades humanas, de las humanas dificultades, ha de depender directamente de la consideración de aquellos más altos y fundamentales principios por los cuales tanto nos interesamos; porque el extasis del místico no produce realmente sus debidos resultados, a menos que no traiga entre las discordias y rumor de la vida del mundo algo de la belleza y armonía con que el se ha deleitado. El ambiente sutil de las alturas, delicioso como es, no nos incapacitaría, antes por el contrario, nos vigorizaría para hacer frente a las aflicciones humanas, para calmar y curar sus dolencias. Y cuando el Instructor del Mundo se halle entre nosotros para esparcir la sabiduría de Sus enseñanzas y derramar Su amor por todas partes, es seguro que una parte de Su labor consistirá en establecer los fundamentos de aquel reino de elevada rectitud que Sus discípulos tendrán la tarea de edificar sobre la Tierra. Así, pues, yo no creo que el tema de esta noche deba ser considerado como un descanso, sino como el tema natural y apropiado sobre el cual debemos fijar nuestra atención, con objeto de que tratemos de entender como podemos ayudar a nuestros hermanos y, al tiempo de ayudarles, cómo podemos preparar el camino para el advenimiento del Señor.

Ahora bien, quienes de vosotros hayáis leído los periódicos de la última quincena y hayáis mirado con inteligencia despierta fijándose en los extensos detalles que allí se dan –y aún quienes hayáis leído descuidadamente–, habréis tropezado con los tres asuntos principales que ocupaban las columnas en la primera página de los diarios, y os habrá llamado la atención su coincidencia. Uno de los tres consistía en la reseña de los grandes espectáculos de los últimos días, de todo lo referente a la coronación del Rey y la Reina. Seguido de esto se noticiaba, día tras día, el estado de la huelga declarada entre los obreros del Norte, las luchas entre el trabajo y el capital, ese triste pleito que tanto esta perjudicando y amenazando a la industria. Y después de estos dos asuntos –el esplendor de la civilización y las contiendas que lo manchan– habréis visto, supongo, invariablemente, una columna dedicada a los últimos triunfos de la aviación, los vuelos del hombre por el aire, los *races* sobre tierra y mar.

Ahora, de dichos tres asuntos, tan correlativa y uniformemente reproducidos, cada uno tiene su significación, su enseñanza para nosotros esta noche, porque nos dan una vista de la civilización de nuestros días, de las fuerzas que actúan entre nosotros, de la tendencia de la civilización de que formamos parte, y yo tomo los tres por una abertura por donde ver las condiciones que nos rodean; para examinar los factores de nuestros problemas; para que podamos juzgar de la solución que sea posible encontrar para ellos.

Me detengo por un momento en el primero de los asuntos que tanto ha ocupado el pensamiento y la atención durante los últimos días: los muchos festejos, procesiones, espectáculos que han acompañado a la coronación de los gobernantes. Contemplando las multitudes que tomaron parte en todos aquellos, tratando de inquirir cual fue para ellas la atracción y el placer, ¿cuáles son los puntos que se destacan más claramente de aquellas densas y apiñadas líneas de hombres y mujeres? Claramente, parte de ello fue el disfrutar del espectáculo como tal espectáculo, el goce de ver algo resplandeciente y brillante que cambiase por un momento el triste y monótono curso de la vida diaria, el placer de la luz pura, de la belleza, del esplendor; un cambio desde las tristes calles de Londres, desde las grises y melancólicas casas de tantos millones de habitantes; un placer radiante aunque pasajero, disfrutando por un instante el destello de una vida tan distanciada de la suya. Pero después de aquel goce tan natural, pudisteis distinguir un cierto orgullo entre el pueblo, ante la grandiosidad del panorama del Imperio, que iba desarrollándose ante sus ojos a medida que la gran procesión iba pasando de una en otra calle. Vosotros recordareis las calurosísimas demostraciones de bienvenida que se dirigían a los numerosos constituyentes del Imperio, a los hombres que representaban las colonias, a los que ostentaban la representación del gran Imperio indio; allí teníais los dos grupos que más caracterizaban para la multitud el valimiento de su nación: el Poder y la Grandeza del Imperio que se extiende en derredor del mundo. Después, el tercer factor: un sincero, ingenuamente intenso amor hacia las dos reales figuras, en torno de las cuales tenía su centro todo el esplendor. Cuantos miraban a aquellas muchedumbres con la vista que percibe más allá de lo físico, no podían menos de observar las grandes nubes purpúreas que rodaban al pasar la procesión y envolvían a la pareja real, casi ocultándoles en la profundidad y belleza de su color. Aquellos que conocen algo acerca de los colores que marcan las emociones, saben que aquellas nubes de púrpura significaban un

sincero amor, un real afecto por el hombre y por la mujer que, coronados, iban pasando a través de las calles. Acaso algunos que presenciaron la gran procesión en la cual la Reina Victoria tomó parte –su jubileo Diamante, por ejemplo–, pudieron haber advertido una diferencia en la manifestación popular, marcada por una diferencia en el color de que acabo de hablaros, pues en torno de aquella venerable Señora, que por tanto tiempo empuñó el cetro del Imperio, flotaba un sentimiento que era casi más de devoción que de amor, amor elevado a una muy grande altura, amor que estaba lleno de devoción para su persona, de reverencia para la Reina, mientras que el otro día había menos del exquisito azul que revela la devoción matizada con la adoración, a más del natural sentimiento humano de amor y simpatía hacia ambos, casi no experimentados hasta el presente, puesto que el corazón de la nación esta comenzando ahora a adherirse dulcemente en torno de ellos. Aquella parte del espectáculo fue de profundísimo interés, pues es una de las grandes fuerzas conservadoras de la nación. No quiero decir conservadoras en el sentido político, como partido, sino en el humano sentido de conservar, sostener, edificar; porque el amor y la lealtad de una nación a su jefe es una de las poderosas fuerzas que mantienen unido un Imperio, y en ese amor a la Corona, superior al de todo esfuerzo de partido, descansa la promesa de la duración del Imperio, de la fuerza que ha de sostener su firmeza, sean cuales fueren las dificultades que puedan ponersele delante.

Mas ahora, por una y otra parte, solo quizá por una impresión del momento, surge la cuestión relativa al coste de dichos festejos: ¿no es este un gran derroche de dinero? Esta es una reflexión que se hace una y otra vez al imaginar el gasto de numerario que evidentemente implica el espectáculo. Covent Garden lleno de rosas pudo inspirar una contestación dudosa en la mente de algunos, situado como esta, lado por lado, con hombres, mujeres y niños hambrientos, que viven en el mismo punto donde tuvo lugar aquel espectáculo esplendido. Y, sin embargo, en ese humano sentimiento, natural como es, creo que hay algo de error, algo de cortedad de vista, porque el total de libras gastadas con tal motivo, solo hubiera podido libertar por un momento de la aflicción del hambre a la masa indigente del pueblo, en donde la emoción de amor y lealtad, evocada en el alma de la nación, llega por modo inapreciable más allá de todo reconocimiento. Cuando se trata de una nación como la nuestra, podéis encontrar que hay otros muchos fines en que se invierte dinero, que son peores que el de demostrar el regocijo de un pueblo por la

coronación de su Rey. Habría para muchas coronaciones con lo que del derecho por la bebida se paga anualmente: un derecho que significa esposas maltratadas, niños torturados, casas arruinadas y vigos aniquilados, y no creo que en boca de una nación que malgasta millones en bebidas alcohólicas, deba haber un lamento contra el despilfarro realizado por aquel concepto durante los últimos días. Y cuando a esto se añaden los millones gastados en guerra –pensad cómo construís acorazado tras acorazado para ganar en la costosa partida entablada con otras naciones que os inspiran recelos–, cuando considero la alegría con que derrocháis vuestros millones para la posible destrucción de la vida humana, entonces comprendo mejor la realidad de la queja contra aquellos espectáculos. Se dice que había demasiados militares –demasiados soldados, demasiados uniformes y lujo excesivo–, pero eso es culpa vuestra. Habéis hecho tan fea la vida usual, que solo se puede encontrar belleza y esplendor cuando se para la atención en vuestra Corte, en vuestro Ejército, en vuestra Marina. Aun la Iglesia misma –si bien en una ocasión semejante siempre aumenta su cuota de esplendor y belleza– fue esplendida bajo la influencia dominante a principios y a mediados de la época de la Reina Victoria, no obstante que entonces todo lo feo era tenido como espiritual y todo lo bello, era mirado como tendiendo a la adoración del demonio. Por tanto, no debéis censurar, pues, si somos decididos partidarios de la belleza: solo podemos disfrutarla allí donde ha sido permitido que perdure. La belleza esta ahora limitada en sus ceremoniales a la Corte, a la Iglesia, al Ejército y a la Armada. La vida común se ha hecho fea; el vestido común se ha hecho horrible. ¿Cómo podríais construir monumentos para sostener estatuas con sombrero, americana y pantalón largo? No hay materiales para la belleza en la vida común. Ha de acudirse a los monumentos históricos para aprender cuan graciosa y bella fue la vida común del hombre. Es preciso retroceder al tiempo de Isabel de Inglaterra, al de Carlos, y entonces se ve belleza, gracia y color en la vida usual del pueblo, tanto de la clase ordinaria como de la clase media; pero en esta civilización nuestra hemos echado a un lado lo bello y exhibido lo feo, de modo, naturalmente, que cuando queremos gracia y belleza hemos de recurrir a las entidades nacionales donde sólo, tal vez, existen y se conservan en nuestra época. Yo reconozco en mis propios ojos el placer con que, después de ver la gran multitud –gris, triste y fea en color y en apariencia–, vi aparecer al Primer Lord del Almirantazgo pasando con su uniforme galoneado de oro y su emplumado sombrero. Era un verdadero placer ver un hombre en traje que no era repulsivo y

feo. Si queréis cambiar el aspecto militar de vuestros festejos nacionales, aprended a llevar la belleza al hogar y a la vida ordinaria; no creáis que sea práctico lo que es feo, y que todo lo que es belleza sea simplemente desvarío y superfluidad.

Dejando ahora este punto, fijémonos por un momento en el segundo de mi tema: el dedicado al estudio de las lamentables huelgas que están teniendo lugar en la actualidad. La parte más triste de estas es que van acompañadas del crimen, de actos incendiarios, prendiendo fuego a buques deliberadamente, causando premeditadamente cinco explosiones en una sola línea de una gran Compañía de vapores. Los daños causados a quienes no están inmediatamente relacionados con esta guerra entre el capital y el trabajo, se van haciendo más y más lamentables, y van viniendo a ser un incidente común en nuestros días, y esto es lo que, en parte, indica la posibilidad de revolución, cuando se advierte que el odio y el anhelo de venganza viene a ocupar el corazón humano. Esto sucede con más frecuencia en Francia que aquí, porque todavía existe en Francia el espíritu que hizo la revolución del pasado, y veis allí levantar, en parte, una vía férrea, porque los empleados del ferrocarril están descontentos, y exponen las vidas de cientos de inocentes para poder realizar algo que aterrorice a aquellos de quienes desean vengarse en sus discordias. He oído decir que en la guerra siempre ocurre que el inocente sufre tanto como el culpable, y así es la guerra. Pero esto otro ¿qué significa? Pues significa que hay tan poca virtud en nuestra civilización, que clase contra clase se hallan en guerra efectiva, aunque no nominal, y significa que cuando los huelguistas sacan ventaja de las necesidades públicas, cuando huelgan en el momento en que ellos estiman que habrá de ser mayor el perjuicio público que puedan ocasionar, entonces estáis cara a cara con una condición social que solo en el nombre se diferencia de una guerra civil. El sentido de responsabilidad, el sentido del deber público, del puesto de cada ciudadano dentro del orden social y de sus deberes dentro del Estado, esos están remotamente ausentes; pasaron para las masas de nuestros obreros; pasaron también para aquellos que están más arriba en la escala social. Y cuando el sentido del deber para con la nación se echa por tierra, ¿en qué escudarse contra la posibilidad de una guerra civil o una revolución?

Pasemos al tercer punto. Aludo a el solamente como un signo del progreso de la ciencia, tan maravillosa en sus conquistas sobre la Naturaleza en el siglo XIX y en el XX; a los poderes que esa ciencia se ha encontrado capaz de reunir, aplicando su conocimiento a la conquista de la Naturaleza, con objeto de enriquecer y hacer más

fácil la vida del hombre. Mirad hacia el pasado y comparadle con el presente, y de ella resultara muy vigoroso uno de los factores que hacen inevitable un poderoso cambio social, porque esta es la edad de la maquinaria, del poder aplicado a toda forma de producción y de humana labor. La introducción de la ciencia aplicada a la industria ha revolucionado a esta; ha cambiado todas sus condiciones y ha multiplicado enormemente el poder de producción. Donde antes florecía un trabajo manual, hoy se oye el zumbido de la maquina; donde antes un artesano trabajaba con sus manos, ahora la maquina ocupa su lugar y el solo es necesario para guiarla, y aun aquella guía va disminuyendo más y más, según las maquinas se hacen más y más perfectas. Pero no sólo alcanza la revolución a la industria, sino que todas las humanas manifestaciones están experimentando el mismo cambio: los métodos lentos van cediendo el paso a métodos más rápidos de vida, a métodos mecánicos. Mirando a nuestras calles de Londres podemos ver la revolución en el progreso: los caballos desapareciendo por doquiera y los motores ocupando sus puestos. En el mar, el vapor esta próximo a ser desbancado por la electricidad; en el aire, vemos al hombre realizando progresos similares. En el hogar domestico la misma cosa esta comenzando a aparecer: alfombras barridas por maquina; pan amasado por maquinas; más y más la maquina tomando a su cargo la humana labor. Preguntaos que debe significar esto, y averiguad entonces en conjunto la explicación de los hechos actuales. Lo que deben significar es claro: incremento de producción supone incremento de confort para el total de la nación; debe significar mayor grado de educación, de modo que niños y niñas puedan completar su educación, ya que no son necesarios en donde la maquina ha multiplicado el poder del hombre para producir; debe significar la cesación de la labor del niño, del trabajo del muchacho y de la muchacha, y la educación debe ser su trabajo, en lugar de la producción; debe significar menos discordias en todos los puntos industriales; aumento de descanso para el trabajador, que puede producir cinco veces más en una hora de su trabajo de lo que podía producir dos siglos atrás; debe significar que ese descanso que es hoy el privilegio de una clase, se extienda al conjunto del pueblo, con todos los inmensos beneficios y goces que se siguen de un reposo adecuado. No es ociosidad lo que quiero expresar, porque el hombre se recrea en el trabajo cuando este es congenial y no excesivo, y la ociosidad, en general, es tan fastidiosa como la labor continua; quiero decir el reposo, el descanso que repara las fuerzas y deja tiempo para cultivar la literatura y gozar del arte. ¡Oh! Seguramente, todo eso habría sido un don traído a

nuestro pueblo en manos de la ciencia aplicada, y el pueblo, a la larga, habría sido más feliz, porque la ciencia le habría enseñado a utilizar las fuerzas de la Naturaleza. La maquinaria habría hecho gradualmente todo el trabajo ingrato de la comunidad; hubiera arrancado el carbón en las minas, en vez de permanecer los hombres en ellas como moles debajo de tierra; la maquinaria hubiera reemplazado a los cavadores, torturados continuamente en su miserable labor; la maquinaria, que no siente, que no tiene órganos por medio de los cuales pueda sufrir, hubiera soportado la carga de todas las formas de trabajo penoso, desagradable y degradante. Esto es lo que la maquinaria debiera haber hecho por un pueblo, pero, ¿qué es lo que ha hecho? Ha apilado vastas fortunas para los pocos y dejado al trabajador más triste, bajo muchos conceptos, de lo que antes estaba. Ha envenenado nuestros aires y nuestras aguas, ha aglomerado nuestro pueblo en las miserables y tenebrosas calles de un Sheffiel, de un Bradford, de un Leeds, entumeciendo sus vidas, minando su salud, disminuyendo su vitalidad. Mientras tanto que ha llevado la riqueza a los pocos, ha llevado la disminución de la vida a los muchos. No me olvido de que ha conseguido productos más baratos y de uso más común, pero muy frecuentemente, a costa de su bondad, tanto en material como en belleza. En una palabra: la maquinaria debiera haber sido una bendición para todos, donde solo ha venido a ser una gran mal.

¿Por qué así? ¿Por qué ha acontecido esto? Por la carencia del sentido de responsabilidad y publico deber a que he aludido hace un momento al tratar del caso de los huelguistas que, por su voluntad, obran criminalmente y perjudican al bien publico en las disensiones con sus patronos. La indiferencia, la irresponsabilidad es más digna de censura en el hombre educado y en el rico que en el ignorante y en el pobre. Y esa carencia de responsabilidad comenzó arriba y se ha extendido a abajo, como un veneno, a través de todas las partes del cuerpo político, porque el sentido del deber, del deber publico, esta divorciado del rango, del poder, de la riqueza en esta civilización, como no lo ha estado nunca antes en ninguna civilización de las que conocemos en la Historia. Ahi reside el peligro; ahi se oculta la amenaza del mañana de que la perdida del sentido del deber publico en los diversos órdenes de la colectividad haga posible un violento alzamiento con toda la inevitable miseria que forme su cortejo. Por esto es que aquel sentimiento de los públicos deberes debe ser reavivado para que los hombres puedan comprender nuevamente que con riquezas, rango y poder se va al deber de la comunidad, al deber del país. Mientras

ese sentimiento no se restaure en Inglaterra, y ya hay signos de su renacimiento, habrá siempre un peligro entre los ricos de condición pérfida y las vastas masas de mala fe y de más miserable indigencia. He usado la frase, que alguno de vosotros puede estar inclinado a recusar, de que, en la presente civilización, el sentido del deber esta más divorciado de la riqueza y el rango que en otra alguna civilización anterior que puede observarse en la Historia. Dejadme por un momento intentar justificarla, refiriéndome a dos de los grandes sistemas que aun deben ser estudiados, porque son harto recientes para incluirlos en lo que podemos llamar el periodo histórico. Fijaos en la civilización de la India, tal y como existía hace cuatro o cinco mil años: no vayáis más allá en el pasado. Hoy está en ruinas, pero aun subsiste el valor de sus ideas fundamentales. Era llamado, y es llamado todavía, el sistema de castas. Ahora bien: ¿qué era aquel en su esencia y en su acción durante esos miles de años? La más elevada en la comunidad era una gran categoría de hombres, pobres, respecto de todas las riquezas del mundo, pero distinguidos por su sabiduría: la clase de los Brahmanas. Estos, por deber hereditario, estaban limitados al estudio, profunda, intensamente, durante todos los años de su infancia y de su adolescencia, y después, su deber durante su virilidad venia a ser el de constituirse en maestros del pueblo, sin recompensa, sin pago alguno, limitados a dar a cada muchacho que a ellos se llegaba la educación que les pedía. Pobres, se sustentaban principalmente de la caridad del pueblo, pero eran honrados por este como no lo era ninguna otra casta; envueltos simplemente en telas de algodón; los reyes se levantaban de sus tronos y se encorvaban a los pies de los Brahmanas; se les daba honor en lugar de riquezas y se esperaba de ellos el cumplimiento de su deber, de su deber para con el pueblo.

Después estaba la clase gobernadora, segunda, no primera, en el país, pues la sabiduría era lo más elevado de la grandeza, y no el poder ni la riqueza. La clase gobernadora era fuerte y esplendida: el rey, los que administraban las leyes, los soldados que defendían la nación, la policía que defendía el orden interior, tales eran los miembros de la segunda gran casta en el Estado. Venían después los organizadores de la industria, los banqueros, los comerciantes, cuyo deber era el adquirir riquezas; pero adquirirlas, no amontonarlas, adquirirlas para que pudieran ser utilizadas. Esta era la casta en que recaían las verdaderas cargas de la nación. Gran cantidad de riqueza conseguida para ser invertida en la ayuda y socorro del pueblo, elevando templos para el culto nacional, manteniendo Brahmanas para la

enseñanza del pueblo, edificando paradores en las orillas de los caminos para descanso de los caminantes, excavando pozos para que todos pudieran servirse del agua, plantando arboledas que protegieran del sol los caminos, edificando y manteniendo hospitales tanto para hombres como para animales; tales eran los grandes deberes de caridad impuestos por la ley y por la opinión pública a la casta de los comerciantes.

Después de esta venía la gran casta de los artífices, de los artesanos, de los trabajadores agrícolas, para ser considerados, des de luego ante la ley, como los niños menores de la familia, cuyo deber es el servicio, cuyo derecho es el confort. Este sistema está ahora en ruinas. ¿Por qué? Porque los más altos olvidaron sus deberes. Esta es, en su mayor parte, la contestación al por qué de la decadencia de la nación. Los que debían haber sido pobres y sabios aspiraron a la riqueza del mundo y utilizaron sus poderes para enriquecerse en lugar de servir; hicieron de su casta una estrecha unión comercial, como realmente fue, de la cual quedó excluida toda otra casta, pues, en los primeros tiempos, para ingresar un individuo había de demostrar las condiciones que justificasen su admisión. Y así, paso a paso, la civilización descendió desde aquellos grandes días, en los cuales, según consta en su historia, no había un solo hombre que no supiera leer y escribir, hasta la presente condición de degradación y de ignorancia. Y, no obstante, aun en sus ruinas, siempre con todas sus faltas, aún después de un milenio de la conquista, la población india, los jornaleros, los artesanos, son una población mucho más feliz que la de igual clase de por acá. Sus semblantes son abiertos; sus vidas son agradables; tienen belleza en sus casas, belleza en sus telas y en sus enseres; son refinados y benévolos; se conducen como solo aquí se encuentra quien se conduzca, con una cortesía y corrección correspondientes a la clase elevada, pero que allí es común a la clase del pueblo. Después de terminado su trabajo, se les encuentra contentos, cantando, con semblante agradable y alegre, y, excepto cuando el hambre azota el país, forman una población feliz, contenta y sobria. Tan grande es aun en sus ruinas aquel gran sistema social de la India.

Pasado de esto al sistema feudal de Europa. Allí teníais una nobleza feudal que pagaba en servicios según el rango y poder que ostentaba. Todas las más antiguas familias de la nobleza poseían tierras en dependencia militar; defender al país eran sus deberes, y a cambio de ella poseían las tierras. Nada de impuestos por ejército, nada de impuestos por marina, nada de impuestos por fortificaciones a lo largo de

las costas; el total de cargas recaían sobre el señorío, cuyo servicio, en cambio de sus privilegios, era exponer sus vidas. Dichosa Inglaterra la llamabais en aquellos días, ahora no la llamaríais dichosa Inglaterra. ¡Oh!, diréis vosotros, había muchos abusos. Sí, los había, pero las masas del pueblo eran entonces más felices de lo que lo son en el presente día; sus vidas más lucidas, agradables y alegres de lo que lo son en nuestra civilización del siglo XX, la división entre clases menos marcada, la comunión entre estas mucho más libre, porque era un sistema, no una anarquía como lo es en la tan decantada civilización de nuestros días. Y ahora llegamos a un punto de vasta importancia: Orden, aunque no sea orden perfecto, es mejor para los hombres que desorden y ausencia de organización. Con el uno se progresa, con el otro se decae. En eso radica el peligro de nuestra vida moderna. He ahí por que respecto de esos actos del pasado use de la frase de que nunca antes en la historia habíamos visto el rango y la riqueza tan divorciados del deber público como lo están ahora. En eso está el mal que demanda un remedio; en eso la posibilidad que todavía está abierta en nuestra patria de buscar por un momento el por que de la actual marcha de las cosas. El propósito, bien o mal concebido, según las miras de los parciales, es quitar de una clase y dar a otra; pero quitando por la fuerza, aún cuando sea la fuerza de la mayoría, nunca podría resultar una paz social estable.

¡Oh!, diréis, dejadnos prescindir del Palacio de los Lores, y entonces estaremos muchísimo mejor. Y olvidáis al apelar a la pasión popular, que solo parte de vuestro Palacio de los Lores tiene asiento allí por derecho hereditario, y que habéis acumulado en aquella Casa representantes de la literatura, del arte, de la ciencia, sustituyendo su título externo a la nobleza del linaje. Olvidáis que los hombres que hacen vuestro imperio están allí, y cuando un hombre se eleva sobre sus compatriotas, es a aquella casa a donde la Corona le envía para fomentar con su conocimiento y con sus experiencias el Tesoro del Consejo de la Nación. Haced lo que queráis, pues vuestro es el poder, pero recordad que contar cabezas sin pensarlas, no es siempre el medio de edificar un poderoso imperio. Y sobre todo ¿qué es lo que hacéis? ¿Cuál es una de las grandes reformas que ha realizado uno de vuestros hombres de Estado, aparentemente casi un héroe en Inglaterra? Crear pensiones a la ancianidad. No, yo no niego que es preferible tener esto, a la condición que precedió a la concesión; pero, después de todo, si despojáis vuestra mente del prejuicio que se tiene de que las masas del pueblo deban ser siempre pobres, decid: ¿bastan unos pocos chelines por semana para mantener a un hombre

alejado del taller?, ¿es una digna recompensa que da una nación a la fuerza de la juventud de ese hombre, a la industria realizada en su virilidad, a la infame faena en que ha pasado su vida año tras año en la lucha y en el trabajo. ¿Es que el reconocimiento de Inglaterra para con sus trabajadores alcanza solo a darles unos pocos chelines de toda la vasta riqueza que ellos han producido? ¡Oh!, no por esta senda, no con pequeños reformas conseguidas por las exigencias y luchas de partido, formareis una nación que sea modelo de civilización en el mundo; no por contiendas en el Parlamento sino por un cambio de conciencia en el pueblo deben venir las grandes reformas que son necesarias para hacer este Imperio lo que debe ser, lo que será quizá todavía entre las naciones del mundo.

Vosotros diréis: De no proceder por un mero ataque al privilegio, por un impuesto aquí y otro allá ¿cómo os propondrías verificar los cambios que todos consideran necesarios? Por el sacrificio de aquellos que tienen, y no por la revolución y el alzamiento de aquellos que no tienen.

La revolución puede destruir; no puede edificar. El ignorante puede protestar, pero no puede construir. No con el indigente y el miserable puede establecerse un orden social en el que todo esté en paz y felicidad, en donde todo este distribuido: el descanso, la belleza, y la gracia, de la vida. Y si yo he abogado por esto hoy, es porque, en mi concepto, hay ciertas cosas de inestimable precio que existen en la nación, las cuales las destruiría una revolución y las reduciría a la nada: los resultados y los hábitos acumulados en los siglos, la dignidad, el carácter, el sentido de la belleza que hace humana la vida y no una mera discordia entre contendientes salvajes. Esas cosas que ahora pertenecen solo a una clase, serian vertidas sobre el conjunto de la nación. No derribéis a los que están más arriba si vuestra mira es exaltar a los que están más abajo. ¡Es tan fácil destruir! ¡Es tan difícil rehacer! La Francia de hoy podría informaros de las perdidas que origina la violencia de una revolución hecha por reformas demasiado extensas.

Ahora bien ¿qué sucedería si la clase elevada, la riqueza y el poder en la vida social se penetrara de que su posición exige de ella propio sacrificio y no solamente pereza, lujo y favor? En primer lugar, las cabezas más firmes de entre ellos, en la tranquilidad de su sosegada vida, deberían concebir algún plan razonable de orden social que reemplazase al desorden del presente, un orden basado en la razón y en los hechos, un orden al cual se pudiese aportar el conocimiento del mundo y la experiencia de la vida practica. Porque lo que se necesita hoy es que un nuevo

orden social sea meditado, no disputado, producido por el pensamiento y no por la lucha, ya sea en el Parlamento o ya en las calles, por un estadista aparecido de manos a boca. ¡Qué otra cosa puede hacerse mientras el gobierno de partido sea la regla en nuestro país? El debe dominar a lo mejor de sus contrarios; debe negar hoy en la oposición lo que mañana afirme en el poder. Eso es jugar al tira y afloja de los partidos, y lo que necesitamos es un esquema para formar una nación. Cabezas vigorosas en las clases que gozan de reposo —en eso estriba su principal y más grande tarea. Cuando consideráis esas grandes fortunas, enormes, vastas, de millones amontonados e improductivos ¿cuál os parece su deber en la lucha de nuestros tiempos? La solución de esto la podéis ver en las grandes organizaciones que se han llevado a cabo en América. Algunos de vosotros recordareis que, hace dos años, tratando de los cambios venideros, apunte yo la probabilidad de que una muy extremada competencia envuelta en lo que se llaman “trusts” traería su propio remedio y se resolvería últimamente en un mejor y más feliz estado de cosas. Y ¿qué está ocurriendo ahora en América? Que la más alta representación del más grande de aquellos trusts, el gran *Steel & Iron Corporation* aconseja al Gobierno de América que decreta la formación de un Departamento de Industria y lo dote con un Ministro, Jefe superior de la vasta organización que hoy existe, convirtiéndola en un Departamento del Estado, y no ya más un monopolio de unos pocos hombres acumulando fortunas enormes, pues arguyen que una nación no puede seguir siempre por la senda destructora de la competencia, ahora que el trust ha enseñado cómo se puede organizar la industria mucho más económicamente. Y sugieren la idea de que la nación la ejerza, en lugar de la Compañía; que sea una organización nacional y no un monopolio enemigo del Estado. De modo que está dado el primer gran paso para cambiar la tiranía de los individuos en una organización cooperativa y económica. Es un paso a lo largo de las rectas líneas por donde los hombres de gran fortuna deben dirigirse.

Después viene la cuestión de educación. El deber de aquellos que han obtenido una buena fortuna de la nación, es devolverla en forma de educación para la masa del pueblo que ha hecho posible aquella fortuna; también esto comienza a ocurrir en América, por medio de vastas donaciones de riquezas, retornadas al pueblo que antes las había extraído con su trabajo.

Y aquí en Inglaterra, precisamente ante ayer, yo he visto cómo cuatro personas acaudaladas han hecho una donación de doscientas mil libras para edificar un

colegio en Reading, para el establecimiento de una Universidad. Oh, si ese espíritu se extiende, si los hombres usan la riqueza para educar en vez de usarla para un lujo indolente, entonces será llegado el comienzo del sacrificio propio de los que dan en lugar de guardar para si las cosas adquiridas, y además tienen sus manos llenas de dadas, en vez de esperar que sus riquezas vuelvan a ellos por derecho.

Otra cosa a que las grandes fortunas pueden hacer en manos de grandes manufactureros es lo que uno o dos han hecho ya: hacer la condición de los obreros mejor de lo que lo es hoy para la mayor parte —edificar por doquiera jardines— pueblos donde los trabajadores pueden hacer la vida del campo y recuperar las energías perdidas en el trabajo diario, donde están preparados juegos y diversiones públicos, donde los campos se extienden a su alrededor, donde tienen representaciones teatrales, donde hay salones para audiciones musicales y literarias. Esta es también una línea por la cual los poseedores de las grandes fortunas pueden sacrificarse por el bien común, cosechando una más vasta fortuna en amor y gratitud y en la mayor estabilidad de la nación a que pertenecen. Y así, como vemos que grandes cabezas reposadas pueden resolver intelectualmente los problemas, que grandes fortunas acumuladas pueden gastar siguiendo las líneas que los pensadores han vislumbrado, también se nos ocurre que, como un deber personal, cada joven de ambos sexos debía buscar algún trabajo útil en que ejercitar sus manos y justificar su existencia, viniendo a ser los trabajadores gratuitos de la nación. No ignoro el hecho de que muchos lo están haciendo ya, no olvido que el sentido de conciencia va creciendo entre las clases a que me refiero, pero declaro aquí que ninguno —ni hombre ni mujer, fuerte, sano, con horas libres a su disposición— dedique, no obstante alguna de esas horas a trabajos no retribuidos entre individuos menos afortunados, y reparta entre ellos el refinamiento y la cultura que, a no ser dada al pueblo, viene a ser un cáncer y perjudica más que beneficia. Oh, no hay uno entre ellos que no pudiera añadir algo de más grande felicidad a la compacta masa de nuestros pobres. Ellos podrían abrir teatros libres donde se representaran obras de nobles fines; podrían tener salones gratuitos donde se ejecutara buena música, no digo esa música científica que el público no educado a ella no entendería al principio, sino música que gradualmente fuera elevándole un poco más, hasta que su gusto fuese más delicado, hasta que sus facultades adquiriesen mayor desarrollo. Haciendo esto, se les ayudaría después de la muerte tanto como en vida, porque se habría infundido en ellos la experiencia de las más

elevadas emociones, todo lo que les hace hombres. Entonces se mezclarían unos con otros más libremente, tanto por razón del *sport* como de la instrucción. Esto es fácil en el campo, donde el camino es muy expedito. En la ciudad es más difícil, pero no tanto que los buenos corazones y las grandes cabezas no puedan vencer la dificultad con el trabajo. Si repartieran con la masa del pueblo –no digo el dinero, sino el compañerismo y la amistad y la ayuda y una parte del refinamiento y la cultura– si hicieran esto, se disiparía todo peligro de revolución, porque nadie querría alzarse contra aquellos cuyos corazones fueron enlazados por el amor, el servicio y la ayuda a la masa del pueblo.

Esto implica un cambio de valores, un cambio de ideales. Significa la realización de que la vida es solo preciosa cuando se invierte en servir y hacer más feliz al mundo en que hemos nacido. El dinero se desgasta y perece con el uso, pero el conocimiento y el amor se multiplican si los dedicáis y repartís con vuestros semejantes. Si tenéis conocimientos y los dais, ninguno os haréis más pobre; vosotros lo sabéis mejor, porque habéis tratado de enseñar. Por esto, todos los grandes placeres y poderes intelectuales y artísticos se hacen tanto más fructíferos cuanto más se prodigan. Dad con ambas manos, y vuestras manos siempre estarán llenas, pues ninguna mano puede quedar vacía de aquellos dones, los cuales fluyen a ella con tanta mayor abundancia cuanto mayor haya sido la espontaneidad para distribuirlos entre los hombres.

Eso es, en el sentido que lo entiende el mundo, hacer un sacrificio. Pero ¿qué es sacrificio? En realidad no es pena, sino alegría. No es realmente negación de sí mismo sino su propia expresión. Sólo se estima que es sacrificio, porque se considera desde el punto de vista del cuerpo. Miradle desde el aspecto eterno del espíritu, y conoceréis que su alegría y delicia consiste en prodigarse, y que el sufrimiento consiste en el dominio de sí mismo.

Os patentizáis en tanto cuanto os prodigáis. Realizáis vuestra propia divinidad en tanto cuanto derramáis vuestra vida en los demás. Pero esto no es sacrificio, sino delicia. Y a la manera que el goce intelectual que causa un poema espléndido o alguna maravillosa sinfonía es más penetrante, más satisfactorio y más delicioso que el alimento con el cual mantenéis vuestro cuerpo, así la alegría del espíritu que se esparce, es más deliciosa, más placentera que la alegría del intelecto y de la emoción. Como aquellos goces trascienden los del cuerpo, así el del espíritu a su vez, trasciende aquellos, y sólo cuando se ha aprendido el goce de dar, cuando se

ha advertido que la propia vida se hace más poderosa porque se ha entrado de lleno en la vida de los demás, solo entonces se comprenderá que la exclusiva consagración al servicio de los demás es la más perfecta libertad, y que dedicándoles esta vida terrena, se encuentra la eterna vida, que es la peculiar del hombre.

## V.-PROBLEMAS RELIGIOSOS.¿DOGMATISMO O MISTICISMO?

HEMOS llegado a la última conferencia de la presente serie, y así como el domingo último diseñó en dos palabras lo más saliente de los obstáculos sociales, así esta noche me propongo resumir también en dos palabras los problemas que existen en el mundo religioso, demandando solución de un modo imperativo, dependiendo de la solución que se de a esos problemas el porvenir de la Religión entre nosotros. No es que con respecto a la permanencia de la Religión se sienta ansiedad o necesidad alguna, pues la Religión –la busca de Dios y la respuesta a la busca– es eterna como la humanidad, y no puede cesar mientras el hombre viva sobre la tierra. Pero algunas veces ocurre, en algunas partes del mundo a lo menos, lo que con verdad se ha llamado el eclipse de la Religión. A veces una nube aparece y vela por el momento la luz del gran sol de la verdad, pues aunque el sol está siempre brillando, las nubes se condensan sobre nosotros los que habitamos la tierra, y el sol aparece velado por ellas. Esos tiempos han llegado y llegarán nuevamente, y aunque la religión no perecerá, muchas angustias humanas, muchas humanas miserias tendrán lugar para el hombre antes de adquirir el conocimiento que busca de la vida. Ahora bien, por muchos signos que se observan, parece como que nuestro mundo, durante algunos de los últimos años, ha estado afrontando tal crisis, que ha constituido una oportunidad para esos males, una terrible oportunidad. La duda velando la verdad religiosa; las cuestiones acerca del verdadero significado de la vida durante estos años de rápido progreso de la ciencia, de dudas por parte del pueblo religioso; durante estos años (periodo que estimo de 30 a 40) en que el intelectual se vió obligado a pasar por el escepticismo; en que el emocional no tuvo otro refugio que la superstición. La incredulidad de una parte, la superstición de otra, amenazaron la religión del hombre, sumiéndola a lo menos en un eclipse temporal. Y si hoy el horizonte es más luminoso que antes, si hoy vemos tendencias en el mundo religioso que prometen una más perfecta situación, un conocimiento más profundo, no podemos dejar pasar inadvertido que ese gran problema, por parte de la cristiandad, no ha sido aun resuelto de manera alguna, a pesar de lo urgente que es la solución. Mirando a la Gran Iglesia Católica Romana, la más poderosa organización del Cristianismo que conoce y ha conocido la Cristiandad, vemos que en esa Iglesia, el dogma, casi en su más cruda forma, gravita violentamente

oprimiendo la masa de sus adherentes. Nosotros hemos visto, procedentes del trono del Papa, declaraciones tan desconsoladoras y tan en desacuerdo con el pensamiento moderno, tan ampliamente condenatorias del moderno progreso, que algunas veces parece como si el peligro de Roma amenazase rebasar el cauce de su preciada disciplina, del ocultismo ampliamente contenido en ella. Aun hoy, esa poderosa Iglesia esta afrontando el dilema de si conceder a una más amplia libertad, o si oprimirá al pueblo por más tiempo con las cadenas del dogma, demasiado pesadas para ser soportadas por la mente moderna. Fuera de Roma, la perspectiva es más clara, porque, gradual mente, una mira más profunda, más espiritual, se esparce por las iglesias, mostrándose, no solo en las llamadas técnicamente iglesias, sino también en las grandes comuniones disidentes. En todas estas encontramos un modo más espiritual de considerar la cristiana doctrina; vemos un aumento de interpretación mística, un reconocimiento de que la verdad espiritual no siempre puede ser constreñida en los límites de un relato intelectual. Se me ha dicho, aunque no lo se por mi propia experiencia, que en la Gran Iglesia Griega también se observa un cambio de espíritu, un resurgimiento del antiguo misticismo, una elevación de los corazones hacia las grandes alturas que solo el místico puede alcanzar. De modo, que para la Cristiandad, excepto la única salvedad que he señalado, parece una verdad que la luz esta apareciendo en el horizonte, y que existe una esperanza muy próxima a la certidumbre, de que un punta de vista más profundo, más místico del Cristianismo prevalecerá sobre el actual dogmatismo. Para aclarar nuestro camino, permitidme definir el significado que yo doy a dogma y misticismo.

Por dogma quiero yo significar un estado elaborado por la razón, exponiendo una verdad o lo que se cree ser una verdad, e imponiéndola por autoridad externa. Yo creo que si esta definición la aplicáis a los dogmas que veis establecidos por las iglesias, observareis que es inclusiva y exacta. El dogma es necesariamente intelectual, no espiritual; es necesariamente un estado elaborado por la razón, envolviendo alguna verdad impuesta por medio de una autoridad, sea esta la que fuere. Puede ser la autoridad de una antigua iglesia o de alguna escritura sagrada, o de un hombre considerado como superior; pero en todo caso es una autoridad exterior al hombre al cual se le exige creer, y esta creencia llega a el con el pretendido derecho por parte de dicha autoridad para que se somata a ella. El debe reverenciarla, aceptarla como una verdad.

El misticismo, por otra parte, es el reconocimiento interno de una verdad espiritual, que el hombre acepta porque ve que es cierta, porque conoce que es verdadera por el testimonio de su propia divinidad interna. No necesita una autoridad exterior, el solo reconoce la autoridad del Dios interior. No necesita que su razón sea capaz para discutirlo; lo ve a la luz del espíritu, que trasciende a los razonamientos de la mente, y la sola autoridad por la cual le reverencia, la sola autoridad en virtud de la cual acepta la verdad, es la autoridad del Dios dentro de el mismo, habiendo abierto los ojos internos lo suficiente para verle. No necesita argumento externo alguno, no necesita ningún externo asentimiento. Las gentes podrán negar la verdad que el conoce, pero el siente que sus pies están sentados sobre una roca, que la verdad esta dentro de el iluminando la razón, y aunque el cielo, la tierra y el infierno proclamaran lo contrario, el se asiria a la verdad que conoce, y se aferraría a ella a despecho de todos los poderes que trataran de arrancarla de su convicción.

Tenemos, pues, una clara distinción –una autoridad externa y una autoridad interna. La una que presenta el dogma, la otra que es la luz por la cual el místico ve la verdad. Estas distinciones son las que han de gobernar nuestro pensamiento en esta conferencia.

Mirando en el pasado el crecimiento de las religiones, podremos observar lo que sucede en las diferentes etapas del mismo. Primero, cuando el maestro, el fundador de la religión habla y declara la verdad, esta es aceptada por muchos de los que le oyen, aceptada de El por medio de una respuesta espiritual despertada por Su espiritual poder. Maestro tal si que enseña con verdadera autoridad; pero esta es la autoridad del espíritu llamando al espíritu, y no como hacen los escribas y los doctores de la ley. Es el reconocimiento del espíritu dentro del espíritu del Maestro, asintiendo sin razonamiento ni argumenta.

Donde quiera un maestro espiritual se manifiesta en la tierra, el habla con el poder del espíritu, y los espíritus despiertos responden aceptando gozosos la enseñanza, y no la miran como una autoridad exterior, porque el asentimiento interno aprueba lo que el Instructor afirma. Así veis cuando leéis las enseñanzas del Señor Buddha, las enseñanzas del Señor Cristo, que El habla con tal fuerza y tal iluminación, que el espíritu responde dentro de nosotros reconociendo la verdad de sus palabras.

Después, cuando El ha desaparecido de la tierra, cuando las grandes verdades que brotaron de sus labios caen en manos de hombres más pequeños, de mentes

menos espiritualizadas, llegamos a la época del intelecto, a la edad del dogma, donde las verdades se cristalizan en una forma de palabras, y esas verdades son presentadas al mundo de un modo escueto y árido, como un sistema, más bien que como vida inspiradora. Más tarde, cuando ha pasado el periodo de la religión en que las palabras han sido aceptadas como dogma, se llega a la exacerbación del intelecto, a la recusación de la mente. Esta ha ido creciendo desde los días en que los dogmas fueron formulados y se ha hecho más fuerte, más amplia, más profunda, y demanda algo más que aquello que el dogma presenta y contiene. En esa etapa nos hallamos ahora, ese momento ha llegado para la Cristiandad, y según el sentido en que resolvamos nuestro problema, así será el resultado inmediato en la gran religión del Occidente. Supongamos, pues, por un momento que viendo estas etapas a través de las cuales hemos pasado, y en las que nos hallamos, supongamos antes de proceder a considerar la etapa mística que sigue a la dogmática y a la de duda, supongamos que echamos una ojeada por un momento al dogma, y tratemos de apreciar su lugar en la enseñanza de la religión, en la vida religiosa. Porque tiene su puesto, lo cual se olvida muy frecuentemente en nuestro tiempo.

El dogma tiene su valor; es necesariamente una etapa de la evolución de la mente y del pensamiento humanos. Así como en la exposición de toda ciencia encontráis inevitablemente ciertos dogmas que contienen verdades que han sido establecidas como axiomas, así en los hechos de la vida religiosa, en las grandes realidades que no pueden variar, existe un periodo en que estas pueden ser enseñadas en forma de dogma, pues de otra manera no podrían ser asimiladas del todo. El uso del dogma en el conocimiento religioso es exactamente el mismo que el de la exposición hecha por el experto en una ciencia al discípulo que está aprendiendo esta bajo su dirección. Hay expertos en religión así como hay expertos en ciencia, y estos tienen su lugar como instructores. El error en la cuestión del dogma aparece, como puede ocurrir con el maestro de ciencia, cuando después de que el discípulo ha aprendido, se le prohíbe investigar más adelante o verificar por sí en nuevos experimentos lo que su maestro le ha declarado. El dogma es un medio de aprender la verdad, en los primeros pasos de la escala del conocimiento, que es, donde tiene su verdadero lugar. Pero cuando, en vez de una ayuda, se convierte en una limitación, cuando en vez de un apoyo, se trueca en un obstáculo para continuar avanzando, entonces el progreso religioso permanece constreñido, el crecimiento religioso está impedido, y el dogma que ayudó, tiene que saltar en pedazos, porque ha venido a ser un

obstáculo para continuar el avance por el camino de la verdad.

Pero esto es lo mismo que ocurriría con la ciencia. El hombre científico os da su fórmula, os dice los experimentos que tenéis que hacer, pero ¿qué pensaríais de él si os dijera: vosotros no debéis nunca experimentar por vosotros mismos para tratar de inquirir si la fórmula que yo os he dado es verdadera o falsa? Ahí estriba el peligro que surge cuando el maestro del dogma comienza a sentir el mismo la duda que él no quisiera despertar en la mente del discípulo. El dogmatista trata de forzar el dogma cuando él mismo ha dudado si es o no una completa exposición de la verdad. Y si penetráis en la mente aun del mismo perseguidor del dogma, encontrareis que su persecución dimana de la duda y no de la creencia. El callaría gustoso, porque teme preguntas a las cuales no pueda contestar. El prohibiría inquirir, por miedo de que aparezca algún aspecto de la cuestión que él haya pasado inadvertido. Frecuentemente ocurre que una duda no reconocida, una duda que no es considerada como tal duda, corroe la raíz de una creencia cuando se prohíbe el inquirir acerca de ella y se tiembla ante la idea de su experimentación. De aquí la importancia de reconocer el puesto del dogma y de comprender que es un báculo para apoyarnos y no una barrera para el avance ulterior. Así el dogma jugará su papel en la evolución religiosa, así será útil y no perjudicial para el crecimiento del hombre. Pero el dogma debe ser siempre inadecuado, porque el dogma, para el conocimiento del místico, es como el tacto de las manos comparado con la vista de nuestros ojos. El dogma de una verdad que percibe en derredor, expresa la parte que es capaz de apreciar por percepción, y tactando, trata de reconocer su forma, de comprender su estructura. Pero así como el hombre que percibe un objeto por el tacto y abre entonces sus ojos para verlo, aprecia la diferencia entre el tacto y la vista, así ocurre con el dogmatista y el místico. El dogma da un aspecto de la verdad, y el dogmatista solamente puede verla desde un particular punto de vista, sin que pueda describir su completa redondez, ni su perfección en profundidad ni en elevación. Así pues, aquellos que profesan un dogma, deben recordar que es solo la vista de uno de los muchos aspectos de la verdad, pues la verdad espiritual no puede ser nunca completamente abarcada por la razón, y las cosas del espíritu trascienden los poderes del intelecto.

Ahora bien, si hemos de crecer, si hemos de alcanzar la talla del hombre espiritual, debemos trascender el dogma, elevándonos en la atmósfera espiritual y abriendo los ojos del espíritu.

Examinemos unos pocos de los grandes dogmas del Cristianismo, y veamos cuanto ganan –no pierden– cuando son vistos por los ojos del místico, cuando son contemplados a la luz del espíritu. Porque vale la pena de tomar algunos de aquellos y notar cuan diferentes son en dogmatismo y en misticismo, por más que sea cierto que hay siempre una realidad bajo el dogma, y que el místico ve la verdad a través de un velo que a menudo la colora. Al examinar el místico vuestro dogma, no perderá nada su verdad, sino que ganará; no os despojara de vuestro preciado tesoro, solamente os mostrara nuevos puntos de belleza por encima de los que conocíais. Es como si tuvierais una joya en un estuche, y mirando hacia ella, fueseis fascinados por la belleza de una sola faceta que de ella vieseis, y el místico toma entre sus manos la joya y la elevase en alto a la luz del sol, de modo que todas las facetas reflejasen esa luz, y la joya brillase con una intensidad, una belleza y un esplendor desconocidos hasta entonces. Oh, no temáis cuando sacamos la joya del estuche, creyendo que éste sea indispensable para su seguridad. A la luz del sol brillará más espléndidamente que en la obscuridad del estuche, y no perderéis nada, sino que ganareis inmensamente cuando veáis vuestra alhaja a la luz del sol y conozcáis a esta en la plenitud de su belleza.

Veamos si esto es cierto. Dejad que fije ante todo, por ser lo que más directamente afecta al corazón, dejadme tratar la gran cuestión de la naturaleza del Cristo, de su relación con el creyente, de su lugar en el corazón.

Acerca de la naturaleza del Cristo ha habido muchas exposiciones dogmáticas. Las veis más o menos definidas en los grandes credos cristianos escritos por los místicos y repetidos por los dogmatistas; pero han sido tomados como dogmas en vez de ser tomados como esfuerzos para ir deletreando una verdad demasiado grandiosa para ser explanada perfectamente por la humana palabra. Y sin embargo, si conseguís penetrar y asimilaros la grandeza de su lenguaje, la majestad de su expresión, hallareis profundidades de verdad que las deslumbraran algunas veces con su esplendor; pues cuando las oís repetidas una y otra vez, y acaso las repetís vosotros sin ninguna profundidad de pensamiento tras de ellas en vuestras mentes, veis solo el dogma y no la verdad tras de este, y corréis el riesgo de caer en erróneas interpretaciones, porque falta la luz del espíritu. Ahí tenéis el Cristo que es llamado verdadero Dios unigénito del Padre. ¿Cómo ve el místico esta verdad? ¿Qué es para él el Cristo así definido dogmáticamente? El ve en éste la imagen de la humanidad, verdaderamente el propio hijo de Dios, en el cual el espíritu es

siempre engendrado por el Eterno Padre, el espíritu que siempre desciende para encarnar en la materia, para sufrir, para elevarse de nuevo triunfante, llevando consigo a la humanidad hacia Dios. Él ve en esa definición del esplendor del Cristo, no una figura aislada, sino la humanidad, vista como una, la humanidad en todo el esplendor de la unidad, la humanidad en toda la divinidad de su primogenitura, perfecto Dios y perfecto hombre, el Dios engendrado en el linaje humano para ascender al Dios de donde procede. Él no niega al Cristo, el místico no niega nunca, él reconoce el conjunto de la humanidad de la cual el Cristo es el símbolo y la promesa. Porque en Él la humanidad se alza triunfante, y por lo tanto todos los hombres se alzarán en Él y conocerán la realidad de la divinidad infundida en la carne.

Así como él es el propio Dios, así lo son sus hermanos que no han reconocido todavía su propia divinidad. Y en la proclamación de su poderosa virilidad, toda la humanidad se levanta triunfante y se reconoce como verdaderamente divina. Primogénito entre muchos hermanos, tal es el nombre que se le dió, pues no habría humanidad, si el estuviera separado de nosotros por el abismo que, según alguien afirma, separa a Dios del hombre. Porque Dios está en él, lo está también en nosotros; porque Dios viene a ser hombre en él, viene a serlo también en nosotros. Así venimos a encontrarnos en el caso citado en aquellas grandes palabras del Cristo cuando en su vida en la tierra fue acusado de blasfemia: “No está escrito en vuestra Ley: Yo dije: Dioses sois? Yo dije dioses a aquellos a los cuales fue hecha palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada: a mí, a quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís Tu blasfemas; porque dije: Hijo de Dios soy?”

El no es menos divino porque sus hermanos son también divinos.

Hay gente que dice que le rebajamos más aún de lo que elevamos la humanidad hacia Él. Pero no. No es un impulso hacia abajo, sino un esplendido elevar, una ascensión a los cielos para todo el género humano.

El místico ve en la vida de Cristo en la tierra, no solo la historia de una vida perfecta, aunque lo es, sino también la historia de la humanidad. Nacido débil, desarrollado en poder, pasando por todas las etapas de las grandes iniciaciones, nacido bajo la estrella que lucía sobre el pesebre; bautizado en la vida divina cuando el espíritu de Dios descendió sobre él; transfigurado en la montaña cuando alcanzó

el reconocimiento de la divinidad; agonizando en el huerto; crucificado y con la congoja que precede al triunfo de todo espíritu que llega a conocer su propia divinidad –la maravillosa historia de la cruz repetida en la vida de cada hombre al crecer en ella divinidad– o, según las palabras de San Pablo: el Cristo es nacido en él, y en él crece hasta alcanzar la completa estatura y la medida de la plenitud del Cristo. Algunas veces sentimos que es esto tan maravilloso y tan magnificante que no nos atrevemos a pensar que sea verdad para nosotros, con todas nuestras debilidades, nuestras faltas y nuestras limitaciones. Y sin embargo ¿por qué aquel Gran Hijo de Dios tomó sobre sí el salvar nuestra humanidad para mostrar que el hombre puede elevarse hasta la deidad?

Que nada menos que el cumplimiento de estas palabras satisfará los ardientes deseos que sentimos en nosotros de que el tiempo llegue, de que llegue el día en que sea verdad para vosotros y para mí: “Sed, pues, perfectos, como vuestro padre que esta en los cielos es perfecto.”

Pasemos de esta exposición a otra. Tratemos ahora de la relación del Cristo con el alma humana, lo cual se halla comprendido en la doctrina de propiciación, con todas las muchas fases por las cuales ha pasado históricamente esa cristiana doctrina. No tengo tiempo de detenerme en ella fase tras fase, pero bien merece vuestro cuidadoso estudio, pues cada etapa contiene su lección y su significado. Consideradla en su sentido más amplio, en el cual el Cristo, como salvador se acerca al ser humano y usa las frases de una más antigua generación, paga la deuda del hombre a Dios y viste al pecador con el ropaje de su justicia. En la actualidad, esta doctrina ha sido enseñada a muchos de vosotros, hombres y mujeres de mi edad, en una forma cruda, llamada a veces forma legal. No hace mucho, en nuestra vida actual, se nos ha hablado de un contrato entre Dios y el hombre, de una substitución del Cristo por el pecador, del vicario propiciatorio de imputada justicia. Muchos de nosotros podemos recordar cómo comenzamos a discutir, y cómo la revuelta que se produjo con nosotros contra esta forma del dogma no fue meramente la revolución de la inteligencia, sino también la sublevación de la conciencia y del corazón. Nosotros sentíamos en lo profundo de nuestro ser que no necesitábamos una justicia imputada, sino que necesitábamos ser justos por nosotros mismos, y no solamente reputados justos ante Dios. Nosotros sentíamos que lo que se nos ofrecía no era aquello por lo cual clamaban nuestras almas; que nosotros clamábamos por pan, y la iglesia nos daba una piedra. Y sin embargo, hay

algo en esa doctrina que ha ganado el corazón humano, que ha atraído al humano afecto, que ha inspirado a hombres y mujeres el más sublime sacrificio de sí mismos, y por una extraña paradoja que a menudo encontráis en religión, la verdad interna, a despecho del error en su presentación, ha alimentado la vida del hombre. Y, ¿cuál es la verdad interna? Que el Cristo puede ayudarnos no por substitución en otra persona, sino por identidad de naturaleza que el puede compartir con nosotros; porque el Cristo que salva, no es un Cristo separado que apacigua el furor de un Dios colérico, sino un Cristo interno que transmuta la naturaleza en divinidad y practica la vida del Cristo, dentro de los límites de su creyente corazón. Nosotros hemos aprendido que cuando uno se eleva en la vida espiritual a la altura que se elevó Cristo, entonces, como el sol, en el cielo, puede el derramar su luz, su vida, su amor, en los vasos de las vidas humanas de la tierra que lleguen hasta el; que así como las barreras separan aquí una propiedad de otra y separan la luz de un jardín de la de otro, para el sol no hay allí barreras, para el sol no hay allí paredes divisorias; toda la superficie de la tierra es suya, y su luz se extiende sobre toda ella dando vida. Así la luz y la vida del Cristo cae sobre nuestras cortas limitaciones humanas sin división de ninguna especie y realizando su unidad con nosotros mismos. Así esa vida se infunde en nosotros y llega a ser nuestra cuando nos adaptemos a ella, pues como el sol da vida a la tierra, así ese sol de vida da vida a nuestros espíritus.

Así comprobamos que, compartiendo su naturaleza con nosotros es como el Cristo nos ayuda a elevarnos hasta Él; vertiendo su fortaleza en nuestra debilidad, su sabiduría en nuestra ignorancia, es como nos impulsa hacia Él. Esa es la gloria de la naturaleza del Cristo donde quiera que esa naturaleza pueda desarrollarse: que no conoce diferencias y realiza la unidad, y que el más inferior de los pecadores llega a ser iluminado por la vida del Cristo en sí mismo, y transformado de ese modo en la imagen divina, por la vida y el amor que irradia como triunfante Hijo de Dios. Por esto decían los apóstoles que estaban “en Él”, y hablaban de su ayuda y salvación. Pero solo cuando comenzáis a vivir la vida de Cristo podéis conocer la gloria de aquella salvación, pues el humano espíritu no estará nunca satisfecho hasta que realice su propia y se reconozca uno con Dios.

Y eso es lo que ocurre con muchos otros dogmas cristianos. Vosotros halláis dificultades acerca de la doctrina de la Trinidad, acerca de lo que significa la frase que encontráis de “tres personas en un solo Dios.” Y sin embargo, si miráis en

vuestra propia naturaleza, encontrareis resuelta la dificultad, cuando ha pasado del dogma al hecho de humana experiencia. Mirad en vuestra propia conciencia la imagen de lo divino, realizad vuestra propia naturaleza, que es parte de la naturaleza de Dios. Encontrareis en vosotros mismos el poder de la voluntad, el poder del conocimiento, el poder de la acción. De modo que vuestra trinidad esta formada por el Padre que quiere, el Hijo que es la sabiduría, y el espíritu que es la actividad creadora. Y como siempre en la naturaleza el espíritu asume en sí esos tan grandes aspectos, viene a ser trino en persona, aunque solo es una divina conciencia manifestada de tres maneras. Y así, entendiéndoos a vosotros mismos, comenzáis a entender a la Deidad, os desligáis de las ataduras de la exposición aritmética, y os remontáis a la realidad de la vida que veis como el modelo por la cual la vuestra esta formada, y sabéis que donde la gente tropieza en este punto con alguna dificultad es porque no ha sondeado las profundidades de su propia naturaleza, pues del mismo modo que el agua refleja el sol que brilla sobre nosotros, así la conciencia en el hombre refleja la grandiosa conciencia que es Dios. Así, gradualmente venís a conocer que lo que necesitáis es la visión espiritual, la apertura de los ojos del espíritu, aquello que es afín a la deidad misma. Pero diréis: ¿cómo desenvolver el espíritu, cómo podremos llegar a ser místicos, cómo romperemos la cadena del dogma y obtendremos la libertad de la realizada primogenitura? No hay más que un camino: el antiguo y angosto sendero. Estrecha es la puerta, angosta es la senda, pues sólo podéis entrar por aquella después que hayáis dejado fuera todo lo que estimáis de valor en el mundo; solo podéis hollar con verdad esta senda cuando el conocimiento de Dios ha venido a ser para vosotros la única cosa de valor en la vida. Veamos cómo ese sendero se extiende; veamos cómo podemos acercarnos a esa puerta que es tan estrecha. ¿Cuáles son los métodos, el preparatorio y el efectivo? El preparatorio es la purificación de la vida, del corazón, de toda la naturaleza. En un antiguo Upanishad esta escrito del hombre que desea ver su yo: “Primeramente, cesad en los caminos del mal.” Sin esto, todo lo demás es inútil; sin esto, todo lo demás es fútil; es invariable la ley de que solo los limpios de corazón le verán, y tanto tiempo como se siga por mal camino, otro tanto durará la imposibilidad de hollar aquel sendero que conduce a la vida. Más no solo debéis cesar de seguir por malos caminos, sino que debéis seguir activamente los buenos. “Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien”, en la escritura que os es familiar a todos vosotros, esta el mismo pensamiento que acabo de citar de los Upanishad, pues después que es

dejado el mal camino, da principio la activa marcha por el sendero. Perfección es el primer paso, ardiente deseo, perseverancia, resolución. Después, cuando ya todo lo conocéis, por el nombre a lo menos, viene la meditación. No hay otro camino. Porque ¿qué vais a tratar de hacer? Vais a tratar de elevar vuestra conciencia a regiones más altas que aquellas en que reside y trabaja en vuestra vida diaria; vais a levantar vuestra individualidad, vuestro concepto acerca del yo, sobre la mente con la cual razonáis, sobre la mente con la cual lleváis a cabo todos vuestros negocios en la tierra y vuestros placeres de la vida., Esta conciencia la tenéis y la llamáis “yo”, pero tenéis que elevaros sobre ella, trascenderla, conocer que no es vosotros. Y ¿cómo alcanzar la otra conciencia y su realización con vosotros mismos, mientras vuestras mentes están llenas de todos los negocios y los placeres de la tierra, en los cuales la más alta conciencia no tiene lugar ni adaptación? Para esto es, claramente, el próximo paso: debéis aprender a dominar las emociones; debéis aprender a dominar la mente, a ese torbellino de emoción en el cual muchos de vosotros vivís –no podéis vivir en él y en los espacios de calma de lo eterno, donde mora el espíritu que es vuestro yo. Vuestra mente, llena de volubilidad, llena de caprichos pasajeros, siempre volando de una cosa a otra, tomando una cosa y dejándola en seguida por otra, día por día, noche por noche—. ¿Qué tiene esto de común con la serenidad de la mente cuya vista esta fija en Dios, que discierne lo real de lo irreal, lo eterno de lo transitorio? Porque si queréis aprender la ciencia, dedicáis a ello algunas horas al día; y ¿queréis aprender la ciencia del espíritu en los fragmentos de tiempo que podéis economizar de vuestras ocupaciones y placeres de la tierra! No se conquista así el reino de los cielos; el reino de los cielos que esta dentro de vosotros. Seguramente dedicaríais tanto tiempo como pudierais si tratarais de conquistar conocimientos matemáticos, si os propusierais llegar a ser expertos en química. Y sin embargo, por alguna misteriosa razón, vosotros que conocéis que debéis dedicar tiempo y pensamiento a conquistar cosas de la tierra, imagináis que las cosas del cielo deben ser tenidas como meras noticias, como curiosidades pasajeras de un momento. Calma para las emociones, mente tranquila –esas son las condiciones para conseguir la más alta conciencia. También dicen los Upanishad: “En la tranquilidad de los sentidos y en la quietud de la mente podéis observar la gloria del yo.” La próxima tarea es la de evacuar la mente, prescindir de toda emoción, y en aquella quietud y aquel silencio, sobreviene la aparición de una nueva luz, el susurro de una hasta entonces no sentida voz; las primeras notas del

espíritu vibrando dulcemente en la tranquilidad de los sentidos y la quietud de la mente; oís, y escasamente sabéis lo que estáis oyendo; veis, y apenas sabéis si es realidad o fantasía lo que comienza a vislumbrar vuestra mente. Y poco a poco, tranquilamente, firmemente, día tras día y semana tras semana, la música suena más claramente, la visión se hace más radiante y más real, hasta que en un gran día de despertar, de repente, la poderosa conciencia que es vuestro yo brilla deslumbradora, y en su luz todas las cosas se ven y se conocen. Entonces no hay duda posible, ninguna discusión puede surgir. Como la gloria del carmíneo sol naciente que se eleva sobre el horizonte e inunda la tierra de luz, así es la gloria del sol espiritual cuando por primera vez se alza sobre la mente y el corazón del hombre. Entonces comprendéis lo que la meditación significa, y la realidad del sendero que os ha conducido a aquel termino, y entonces la meditación viene a ser un medio que podéis usar para trabajar más adelante a lo largo del sendero. Podéis, si queréis, aprender el sendero del conocimiento, y por esta gran iluminación podéis llegar a conocer lo que deseáis. Podéis seguir el sendero de la emoción, y en el transporte del amor del místico, puede surgir la unión con la deidad misma. Si seguís el sendero del conocimiento, alcanzareis la iluminación de los problemas, aun de los oscuros, tal es vuestra recompensa, vuestro premio; conoceréis la verdad a la vista; distinguiréis la verdad de la falsedad sin posibilidad de error, y no por razonamiento, sino por vista interna; no por argumento, sino por intuición. Tan seguramente como el músico conoce una discordancia en una armonía, así aprenderéis a conocer la falsedad y la verdad, pues vuestro ojo interno es verdad y no mentira; vuestro infinito yo que es divino, es la verdad sobre la cual esta construido el universo, y en la presencia de aquella verdad, una mentira no puede ser vista más que como una mentira; para ello no arguís, solamente observáis.

Si seguís el sendero de devoción, aprenderéis que la deidad no es solo verdad; sino bienaventuranza, pues alzándoos en alas del amor y servicio entráis en el propio ser de aquella vida que es Amor Eterno e Infinito. El transporte del místico es una cosa tan real como el conocimiento profundo; este satisface al intelecto, aquel satisface al corazón. Hollad aquel de ambos senderos que vuestro temperamento os mande, porque el fin de todos es el mismo. El que es verdad, no es distinto del que es amor. Verdad y Amor ambas son expresiones de la vida divina, y el perfecto conocimiento se convierte en perfecto amor, como el perfecto amor irradia el perfecto conocimiento. Hay algunas diferencias en ellos, pero el final de todos es el

mismo. Nosotros separamos el conocimiento y el amor, pero son solo dos aspectos de una sola vida. Para cada uno de vosotros la vista es posible; para cada uno de vosotros esa consecución esta dentro de su cualidad, pero en las antiguas condiciones, por el antiguo procedimiento. El corazón lleno de tierra no tiene espacio para que nazca en él el Cristo niño; las manos agarradas a la tierra no pueden alzarse a los cielos. Así, pues, cualquiera que sea vuestra vida, llena de interés, de deberes, de ocupación, si queréis ser un místico, vuestro tesoro no ha de estar allí donde vuestro deber atraiga vuestras actividades, pues no es la forma externa sino la interna vida lo necesario para el verdadero místico. Podéis ocupar una posición elevada o baja, no importa; podéis ser ricos o pobres, podéis ser reyes o labriegos; pero vuestro corazón debe estar fijo en una cosa: vuestra vida debe ser pura como el aire de la montaña, y entonces, cualesquiera que sean vuestras circunstancias, el espíritu en vosotros se alzarán sobre ellas, y encontrareis que realizando vuestra propia divinidad, realizáis como nunca hasta entonces vuestra fraternidad con todas las cosas que viven.